

EL ALMA DEL VIOLÍN

i

MELISA FERNANDA VILLACORTE BOLAÑOS

UNIVERSIDAD DE NARIÑO

FACULTAD DE EDUCACIÓN

LICENCIATURA EN LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA

SAN JUAN DE PASTO

2021

EL ALMA DEL VIOLÍN

MELISA FERNANDA VILLACORTE BOLAÑOS

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para obtener el título de
Licenciada en Lengua Castellana y Literatura

Asesor:

MARIO FERNANDO RODRÍGUEZ SAAVEDRA

Magister

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
FACULTAD DE EDUCACIÓN
LICENCIATURA EN LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA
SAN JUAN DE PASTO

2021

NOTA DE RESPONSABILIDAD

“Las ideas y conclusiones en este trabajo son responsabilidad exclusiva del autor”

Artículo 1ro del Acuerdo No. 324 de octubre 11 de 1966 emanado del Honorable Consejo

Directivo de la Universidad de Nariño

Nota de aceptación

Fecha de sustentación: _____

Calificación: _____

Dr. NELSON TORRES VEGA

Presidente del jurado

Mag. ROBERTO SEBASTIÁN PINCHAO HUERTAS

Jurado

Lic. JHON JAUMER LASSO LASSO

Jurado

Agradecimientos

A mi asesor, Mario Rodríguez Saavedra, por guiarme, con amabilidad y sabiduría, en este camino que por momentos se me hacía tan brumoso.

A la Universidad de Nariño y a sus maestros, por sus enseñanzas y por ofrecerle a mis palabras la libertad de seguir fluyendo.

A mi madre, por inculcarme el amor a la literatura y por ser mi soporte y compañía en esta y otras tantas travesías.

Gracias infinitas a todos.

Resumen

El alma del violín es la novela propuesta para optar al título de Licenciada en Lengua Castellana y Literatura. Compuesta a partir de experiencias y encuentros con diversas áreas, entre las cuales destaca la música, busca representar nuevas formas de creación, en donde se reconocen los sonidos y melodías ocultas en los rincones insospechados del alma y que, en conjunto, tejen la historia que en la novela se narra.

Abstract

El alma del violín is the novel proposed to opt for the Graduate in Spanish Language and Literature degree. Composed from experiences and encounters with different areas, among which stands out the music, seeks to represent new ways of creation, that recognize hidden sounds and melodies in the unsuspected corners of soul and as a whole, weave the story told in the novel.

Tabla de Contenido

CAPÍTULO I: Preliminares.....	10
1.1. Tema.....	10
1.2. Título	10
1.3. Planteamiento del problema	10
1.3.1. Formulación del problema.....	10
1.3.2. Descripción del problema.....	10
1.4. Justificación.....	11
1.5. Objetivos	13
2. Marco Referencial	14
2.1. Antecedentes	14
2.2. Marco Legal	16
2.3. Marco Teórico	18
<i>Experiencia y creación literaria.....</i>	18
<i>La novela.....</i>	21
<i>La música y la literatura</i>	23
3. Metodología.....	28
3.1. Paradigma y Enfoque	28
3.2. Técnicas e instrumentos de recolección de información	29
3.3. Proceso de creación	31
Cronograma.....	32
Presupuesto.....	34
CAPÍTULO II: Producción	35
CAPÍTULO III: Reflexión	100
Conclusiones	107
Recomendaciones.....	108
Referencias.....	109
Anexos.....	114

Introducción

El presente informe consta de tres capítulos en los cuales se encuentra el proceso que se llevó a cabo en esta investigación: empecemos por los cimientos de la novela *El alma del violín*, en donde señalamos los aspectos básicos que la sustentan, siendo el principal eje la relación entre docencia, creación literaria y música, encontrándose entre las razones principales para centrar el proyecto en estos temas, la necesidad de escribir como un medio de resistencia a los tiempos que corren. Por otro lado, se abordan las lecturas que han servido de sustento al trabajo de grado, así como textos que con anterioridad han tratado temáticas similares. Un ejemplo de ello es Haruki Murakami o, en el entorno nacional, Andrés Caicedo, quienes centraron su obra o parte de ésta en la relación música – literatura. En el final de este primer apartado se plantea la metodología que se siguió.

En la segunda sección se presenta a la novela que, como un ejercicio creativo, busca mostrar una de las maneras en las que dos expresiones artísticas, como la música y la literatura, se aproximan.

En último lugar, se propone un escenario dispuesto para la reflexión en torno a la docencia, la escritura y la música, desde diversas miradas.

CAPÍTULO I: Preliminares

1.1. Tema

Creación Literaria – Novela

1.2. Título

El alma del violín

1.3. Planteamiento del problema

1.3.1. Formulación del problema

¿Es posible tomar a la música como pretexto para crear una novela que resignifique los eventos cotidianos?

1.3.2. Descripción del problema

Cada escritor recurre a distintos métodos que, si bien no aseguran la creación de una obra, representan una fuente de inspiración, claro ejemplo de ello, la música. Su influencia en las letras ha desembocado en oleadas de creatividad que han dado origen a muchas de las grandes obras que se conocen hoy en día. Esta antigua relación se remonta a las primeras prácticas de escritura; en ellas se evidenciaba el uso de elementos de la literatura oral y de las canciones. Con el pasar del tiempo, la música se convirtió en el testimonio de una época individual o colectiva, que servía a la creación literaria y a la vez se nutría de ella.

Aun así, el trabajo literario ha despertado cada vez menos interés en las nuevas generaciones, sobre todo cuando se da de la mano de la música, a pesar de convivir con ella a diario, siendo acaso éste el principal motivo del desinterés en tomarla como excusa para la escritura. En el mejor de los casos, la música pasa a ser un sonido de fondo que acompaña las rutinas cada vez más aceleradas. En este escenario, sin notarlo, los sujetos son absorbidos por lo real, por el ruido cotidiano, ajenos al mundo alterno que permiten la música y la literatura.

De este modo, la creación pasa a ser la causante de las grietas que trastocan la ciudad. Los artistas, incómodos con el mundo que les tocó vivir, superponen su realidad a la superficie perfecta de las metrópolis bulliciosas que pretenden acallar a los individuos. Por esta razón, el artista, en este caso el escritor, está siempre en un vaivén constante, intentando huir de la urbe solo para fusionarse de nuevo con ella. Pero es este continuo movimiento, producto de su inconformidad, lo que lo diferencia de aquellos para los que está bien simplemente observar el primer plano que ofrece el ajetreo de la ciudad, en el que incluso resulta imposible encontrar el silencio, cuya repercusión en la música y en la vida en general no es solamente comparable a una pausa; en los silencios se encuentra el origen, la posibilidad de crear, tal como lo es una hoja en blanco para un escritor.

1.4. Justificación

Justificación práctica

En la actualidad es frecuente creer que la importancia de investigar es proporcional a los beneficios tangibles que tenga. Por este motivo, diversos estudios, centrados en su mayoría en el campo artístico, han sido subestimados, debido a que su labor no representa resultados inmediatos de carácter material. La literatura y, siendo aún más específicos, la escritura es igualmente considerada por algunos como un área prescindible dado que, en un vistazo rápido, no tiene ninguna utilidad (Munguía, 2015, p.72). Quizá sea éste el resultado de una visión reciente de un mundo que ha pasado a darle prioridad a la producción y al consumo. De esta manera, surge la necesidad de escribir para no sucumbir al superfluo y mecánico proceder del siglo XXI. Es importante mencionar también que la presente investigación se realiza con el propósito de retomar la unión entre literatura y música, pues provocar espacios de encuentro entre estas dos expresiones, logrando la creación de textos, brindará al maestro de Lengua Castellana y Literatura herramientas suficientes para solventar situaciones dentro del aula cuando deba abarcar temas de esta índole pues contará con un testimonio propio que respalde sus enseñanzas.

Justificación metodológica

El uso de la música a la hora de crear es el motor que mueve este proyecto en producción literaria, teniendo como fin que en futuras investigaciones centradas en escritura sirva de soporte pues por medio del producto final, la novela, se demostraría el verdadero valor de unir música y literatura, sin querer afirmar con esto que la música es el único recurso por el cual se puede acceder a la inspiración; recordemos que solo se propone una forma, entre tantas, de encontrarla. Además, a lo largo de este proyecto también repasaremos otros métodos necesarios a la hora de componer una novela, una creación que, como la vida misma, no está hecha de una sola dimensión, sino que tiene múltiples facetas.

Justificación teórica

Valiéndonos de la premisa de que es necesario un continuo diálogo de saberes en el ámbito educativo, para la construcción de este proyecto hemos querido retomar el legado oculto y olvidado de la enseñanza: relacionar la música y la literatura. Por consiguiente, este trabajo de grado se realiza con el fin de contribuir a los conocimientos dentro del campo de la educación y la literatura apoyándonos de su relación con la música como un puente que permita la creación de textos. Los resultados de este proceso podrán facilitar el desarrollo de futuras investigaciones centradas en la producción literaria, pues así se probaría la validez de la música dentro de este campo.

También se tiene como propósito retomar referentes teóricos entorno a la literatura. Abarcar las apreciaciones de Julio Cortázar sobre la escritura, por tomar un ejemplo preciso, es necesario pues su innegable habilidad artística lo ha convertido en un referente para las letras latinoamericanas; su trayectoria como novelista, cuentista y maestro convierten sus palabras en valiosas lecciones que esclarecen el arduo camino de la creación y que, con todo, sigue guardando parajes oscuros e inadvertidos que, en un futuro – o al menos ese debería ser uno de los tantos propósitos de una investigación – serán puestos en consideración o retomados, dependiendo el caso, para nuevos estudios dentro del extenso campo de la escritura.

Al estar proporcionando un apoyo a la unión música – literatura, este trabajo servirá de sustento a futuras investigaciones que pretendan continuar con la búsqueda de las diversas formas en que éstas se encuentran relacionadas, o en un sentido más amplio, a proyectos que estén

centrados únicamente en creación literaria, ya que será un aliciente para encontrar el deseo de escribir en otros contextos como el que ofrece la música.

1.5. Objetivos

1.5.1. Objetivo General

Crear una novela, tomando como pretexto la música, para resignificar los eventos cotidianos.

1.5.2. Objetivos Específicos

- Componer una novela desde la apreciación de eventos cotidianos y vivencias propias.
- Adquirir experiencia en la escritura de novela.
- Identificar a la música como una obra abierta que posibilita un discurso literario novelístico.
- Plantear una reflexión acerca de la importancia de la creación literaria para el docente de Lengua Castellana y Literatura.

2. Marco Referencial

2.1. Antecedentes

Antecedentes regionales

El primer antecedente al cual se recurrió en este trabajo de grado fue *La demolición*, novela escrita por Nicolás Yeltsin Montilla Cuéllar (2015) para obtener el título de Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de Nariño. La obra expone las vivencias que se ocultan en la ciudad, a través de los personajes que intervienen en la historia.

Así, pues, es conveniente mencionar en segundo lugar a *Rock Perro de Frontera*, novela de Yesid Niño Arteaga (2014) para optar por el título de Magister en Etnoliteratura en la Universidad de Nariño, siendo un texto cargado de un ambiente musical, que ilustra la tesis que se pretende sostener con *El alma del violín*.

Del mismo modo, es preciso nombrar la novela *Al sur de la locura* escrita por Alex Darío Jiménez Portillo (2013) y presentada para optar por el título de Licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad de Nariño. Es una historia en la que los personajes divagan entre la razón, impuesta por la sociedad, y la locura, que se opone a la irrevocable realidad.

Antecedentes Nacionales

En primer lugar, como antecedente nacional se debe mencionar a *Terceto* de Pablo Montoya (2016), una novela conformada por narraciones que, como el mismo autor señala, deambulan entre la poesía, el cuento y el ensayo y en las que coinciden distintas voces, de distintos lugares y épocas. Al estar rodeada por una atmósfera de música y sonidos, *Terceto* proporciona nuevas percepciones para la exposición de la convergencia literatura – música.

En *Señor que no conoce la luna* de Evelio Rosero Diago (1992) se relata la historia de un hombre que solo ha visto el mundo a través de un armario que comparte con otros. Por esta razón, esta obra pasa a ser en un referente para la creación de *El alma del violín*, puesto que la

novela de Rosero Diago enseña una manera de analizar y hacer frente a la realidad de una sociedad, por medio de la escritura.

¡Qué viva la música! de Andrés Caicedo (1994), por otra parte, se vale de diversos géneros musicales para entregarle al lector el escenario en el cual transcurre la trama, tomando por un lado el *rock and roll*, que ambienta la vida que lleva la protagonista como un miembro de la clase alta, mientras que la salsa marca el cambio drástico en su vida.

Antecedentes Internacionales

Anne Rice (1997) en su libro *Violín*, cuenta la historia de una mujer que es llevada a la locura por medio de la música del violín, reconociendo la fuerza y el poder que contiene la música, en especial la que es producida por este instrumento, además, la fantasía, de la mano del violinista entra en juego en esta obra.

De manera similar, en la obra de Haruki Murakami (2008), *Kafka en la orilla*, se puede observar uno de los elementos principales que también conforman *El alma del violín*: la música. El escritor japonés narra dos historias que se entrelazan aun cuando las dos partes no se percaten de este hecho. La presencia de la música crea y une estos dos mundos que divagan entre lo posible y lo improbable.

Tokio Blues, novela escrita también por Murakami (2005), guarda, igualmente, una estrecha relación con la música, que se evidencia desde su título original, *Noruwei no mori*, traducción al japonés de la canción de los Beatles, *Norwegian Wood*, que además representa para el personaje principal, Toru, un recuerdo de una parte importante de su vida.

Por último, *Vibrato* de Isabelle Mellado (2017), muestra a la música como una forma de expresar el crecimiento y la forma de ver la realidad de una joven violinista. Por lo tanto, “Vibrato”, al tomar a la música como la manifestación de los sucesos vividos por el músico o el oyente, ofrece un antecedente con un alto valor para la producción literaria descrita en este proyecto.

2.2. Marco Legal

Este trabajo de creación literaria se sustenta en ciertos aspectos legales tales como los presentes en la Constitución política (1991):

Artículo 16: hace mención al derecho al libre desarrollo de personalidad que tienen las personas, sin más limitaciones que las que le imponen los derechos de los demás y el orden jurídico.

Artículo 27: alude a que el estado referencia las libertades de enseñanza, aprendizaje, investigación y cátedra.

Artículo 70: se refiere al deber del Estado de promover y fomentar el acceso a la cultura en igualdad de oportunidades, con la ayuda de la educación y la enseñanza científica, técnica, artística y profesional en las etapas del proceso de creación de identidad. Asimismo, el estado promoverá la investigación, la ciencia, el desarrollo y la difusión de los valores culturales

Artículo 71: hace alusión a que la búsqueda del conocimiento y la expresión artística son libres. El Estado creará incentivos para personas e instituciones que fomenten la ciencia y la tecnología y las demás manifestaciones culturales.

También encontramos aspectos presentes en la Ley General de Educación (1994), Ley 115, Artículo 20 se indican los objetivos de la Educación Básica en donde se resalta el desarrollo de las habilidades comunicativas.

Así mismo en el Reglamento de Práctica, Pedagógica, integral e investigativa (2016), en el Anexo 4 se presentan los elementos para la formulación de crítica o de creación literaria:

1. Tema. Expresa el tipo de producción, en el cual se inscribe la propuesta de crítica o de creación: narrativa, lírica o dramática.
2. Título. Sintetiza o resume el campo conceptual de la obra.
3. Descripción y planteamiento del problema. Explica los referentes teóricos y/o prácticos desde los cuales se genera el problema literario de crítica o de creación; puede concluir con el interrogante que resume el objeto de investigación.
4. Justificación. Argumenta la novedad, la utilidad y el interés que reviste la propuesta de crítica o de creación. Precisa la orientación epistemológica del trabajo del trabajo en curso.

5. Objetivos. Señala los propósitos o las intenciones que se buscan satisfacer con el desarrollo del trabajo. Expresan los para qué de la propuesta de crítica o de creación literaria.

6. Marco referencial. Expresa e incluye:

Antecedentes de la investigación.

Marco teórico-conceptual. Fundamenta teóricamente la investigación.

Marco contextual (si aplica). Describe el contexto político, religioso, cultural, etc. del trabajo.

7. Metodología. Presenta las rutas procedimentales y los pasos que se llevarán a cabo para el logro de los objetivos propuestos. Muestra las probables categorías de análisis de la investigación. Describe en detalle cada una de las etapas de la producción de la obra.

Bibliografía

Anexos

También se presentan las partes básicas que integran el informe final de los trabajos de crítica o creación literaria:

Introducción

1. Preliminares. Este capítulo incluye el tema, título, planteamiento y descripción del problema, justificación, objetivos, marco referencial y metodología. Organiza sistemáticamente los elementos del proyecto presentado.

2. Producción. Este capítulo presenta la propuesta de crítica o creación literarias, considerando lo estipulado en literal d) del quinto semestre del Reglamento de PPII.

3. Reflexión. Expressa las relaciones y aplicaciones de la producción de crítica o creación literarias en el campo pedagógico o didáctico del saber específico.

4. Conclusiones y recomendaciones.

Bibliografía

Anexos

2.3. Marco Teórico

Siendo la música y la literatura las piedras angulares de este Trabajo de Grado, en el presente marco teórico se realizará un recorrido por las diferentes posturas que fundamentan la creación de la novela *El alma del violín*, en las cuales se describen los conceptos claves de los componentes sobre los cuales gira, tales como la creación literaria, y en un sentido más específico la novela, y por supuesto la relación entre música y literatura, partiendo de la experiencia y su importancia en la creación.

Experiencia y creación literaria

Desnudos	Poeta y poesía
Engendraron el mundo	

(como se citó en Martán Góngora, 1979, p. 258)

Desde finales del siglo XVIII, el término “literatura” ha sido asociado con la creación estética, acepción que, entre las numerosas que existen del vocablo, es la más certera para iniciar el acercamiento a este tema. (Aguiar e Silva, 1999, p.12)

Aguiar e Silva (1999), rescatando la función poética del lenguaje, una de las seis que propuso Jakobson, explica cómo éste, principal recurso para llevar a cabo esta construcción estética, se vale de sí mismo para crear una realidad propia, ajena a la externa (p. 15). Es por ello que, como menciona Vargas Llosa (1998), el lenguaje le otorga fuerza a una obra para que, sin importar el tema que aborde, tenga capacidad de persuasión, que se logra cuando la narración alcanza autonomía y tiene en su poder lo que necesita para tomar vida propia.

No obstante, “entre el mundo imaginario creado por el lenguaje literario y el mundo real, hay siempre vínculos, pues la ficción literaria no se puede desprender jamás de la realidad empírica” (De Aguiar E Silva, 1972, p. 18), de manera que el punto de encuentro entre estos dos escenarios

son las vivencias del escritor. Para ilustrar mejor, tomemos como ejemplo las palabras de Varga Llosa (1998): “la raíz de todas las historias es la experiencia de quien las inventa, lo vivido es la fuente que irriga las ficciones” (p.21). Durante el proceso de escritura podemos notar, a pesar de que la misma literatura pueda sugerir lo contrario, cuán difícil es escapar de la realidad; aun cuando se pretenda crear un universo narrativo que en nada parezca corresponder a nuestro mundo, siempre se terminará recurriendo a nuestras experiencias como humanos que han transitado por lo real y lo tangible, ya sea que se quiera transformarlas para beneficio de la creación o para dotar de credibilidad a la misma y así llegar con mayor facilidad al lector.

¿Qué nos lleva a querer escapar de algo que terminará siendo necesario? Para Walter Benjamin (1936) “El aburrimiento es el pájaro de sueño que incuba el huevo de la experiencia” (p. 6). El fastidio hacia la realidad, entonces es lo que lleva a querer oponerse. El autor expresa cómo estos momentos, que nacen de ese tedio, ya no tienen cabida en la ciudad, en donde el continuo movimiento de la misma, impide que los individuos puedan escucharla, ir más allá de la superficie, es decir cosechar situaciones que enriquezcan la creación literaria, en el caso particular, la misma aceleración produce cierto descontento que provoca la búsqueda incansable de calma en donde nunca hay calma: en las letras.

Pasemos ahora a la infancia, etapa más importante en la vida de una persona, de la cual depende cómo un sujeto interactúa con su entorno, en ella se guardan eventos que a la hora de escribir son de gran ayuda, tal es el caso de los monólogos, el uso de distintas voces y distintas personalidades, el cambio de roles, salir de nuestro propio ser y encarnar uno completamente distinto sin ningún prejuicio. Son estas fantasías que rodearon la infancia las que evolucionarán hasta convertirse en la “vocación literaria” (Vargas Llosa, 1998, p.10-11).

La manera en la que un niño ve el mundo, con aquella curiosidad que hace de éste un lugar inacabado, al que todavía le quedan parajes desconocidos y muchos interrogantes sin respuesta, es el origen de las primeras ficciones, por ello no se puede ignorar, tras elegir el camino de la creación, la voz del niño que aún juega dentro de nosotros.

Sobre esta cuestión, Walter Benjamin (2017) declara:

Llamas inocencia al ámbito de la fantasía en el que las sensaciones aún viven puramente como cualidades en sí mismas, imperturbables en el espíritu receptivo. ¿Esta esfera de la

inocencia no es la de los niños y los artistas? Ahora veo claramente que ambos viven en el mundo del color. Que la fantasía es el sustrato en el que reciben y crean.

En consecuencia, aquellos que deciden dejar sus ilusiones de la infancia para escribir de ellas, lo hacen movidos por un deseo de revelarse contra la vida que se vieron obligados a vivir, con el deseo de “reemplazar ilusoriamente el mundo concreto y objetivo de la vida vivida por el sutil y efímero de la ficción” (Vargas Llosa, 1998, p. 12).

Este mundo resulta incómodo en muchos aspectos y es, en cierto modo, de esa misma imperfección que nace el deseo de cambiarlo, o de trasladar ciertos detalles a un escenario más adecuado, en donde, por más ínfimos que sean los cambios a favor del escritor, será al fin de cuentas un lugar propio. Es, quizás, este el motivo por el que Vargas Llosa (1998) escribe: “La ficción no es la vida vivida, sino otra vida fantaseada con los materiales que aquella suministra, y sin la cual la vida verdadera sería más sórdida y pobre de lo que es” (p.125). Aun así, a pesar de intentarlo, dentro de la espesura de la literatura, como diría Rosero Diago (1993) “ningún autor podrá esconderse nunca de sí mismo” (p.109).

Ciertamente, la creación resulta ser un proceso complejo y hasta peligroso; dependiendo de cómo se aborde, pueden reavivarse incomodidades olvidadas. Para enfrentarnos al mundo debemos usar una máscara para no resultar heridos, en cambio la literatura representa una liberación, aun cuando pueda convertirse en un nuevo verdugo, por lo que, tras escribir de corazón, no podemos salir intactos. Como lo recuerda Vargas Llosa, “el juego de la literatura no es inocuo. Producto de una insatisfacción íntima contra la vida tal como es, la ficción es también fuente de malestar y de insatisfacción” (p.14). La literatura consume al escritor, quien, cual catoblepas, se alimenta de sí mismo y de sus anécdotas que lo persiguen hasta conseguir convertirse en historias. (p.24).

“No podría llegar al punto de la creación literaria sin contradecirme, rectificarme y equivocarme permanentemente”, decía García Márquez (como se citó en Herrera, s.f) refiriéndose al oficio del escritor que, en confrontación con las situaciones acumuladas con el pasar de los años, proporciona un espacio en el cual se pone en consideración todos los contrastes existentes en la vida. A propósito, en *El Narrador*, Walter Benjamín (1936) indicaba, haciendo una distinción entre la narración y la novela, que la escritura es un proceso individual, que nadie más que el literato

puede enfrentar. Con respecto a la narración aclara que la primera se encuentra rodeada del vocerío de los oyentes, mientras la segunda, al ser una actividad personal, se separa de la tradición oral. Por tanto, el novelista, contrario al narrador, lleva a cabo su labor en soledad, con sus recuerdos dándole vida a su escrito, sobreviviendo al paso del tiempo, diferenciándose así de un narrador; en palabras del autor “la memoria eternizadora del novelista en oposición a la memoria transitoria del narrador”. (p.11)

En relación con lo anterior, Edward Said explica que el proceso de creación solventa la misma soledad que produce; si se escribe es por el ansia de una voz ajena que nos acompañe (como se citó en Jiménez, 1991).

La novela

El significado de “novelista” ha sufrido varias transformaciones a lo largo del tiempo, hasta llegar al que se conoce en la actualidad. Schmidt (2015) elabora un breve recorrido por su evolución:

La palabra *novelist* ha sobrevivido a una variedad de significados, algunos de ellos contradictorios. A finales del siglo XVI significaba “innovador”, y conservaba ese significado a mediados del siglo XVII, cuando también empezó usarse con la acepción de “novato”, alguien sin experiencia. Novelista: innovador e inocente. (...) Novelista vino a significar (con un tono peyorativo) “chismoso”. A finales del siglo XVIII adquirió el sentido de “escritor de novelas”, conservando algunos de los matices históricos.

Hemos de subrayar la aparición de la inocencia en los primeros conceptos que se tenían de un novelista y que recuerda a las apreciaciones hechas en un principio: para escribir se debe recordar la esencia de la niñez que, en gran parte, se ve influenciada por la inocencia. En cada línea los escritores ven al mundo como si lo conocieran de nuevo, reescribiendo la realidad, de ahí que igualmente se tomara la palabra “innovación” en las primeras anotaciones hechas al término “novelista”.

Ahora bien, Cortázar (2013) sostiene que la novela “es ese gran combate que libra el escritor consigo mismo porque hay en ella todo un mundo, todo un universo”. Al ser un juego abierto, conforme el propio autor expone, existe la posibilidad de tantas historias como en la vida

real, representando un reto para el escritor, pues debe salirse de sí mismo para ser otros, valiéndose de la invención.

En este punto es preciso señalar a José María Vaz de Soto (s.f.), quien toma en consideración tres aspectos que conforman una novela: el argumento, la forma y la visión del mundo. En cuanto al primero, expresa que no se trata de la novela en sí y, pese a ser una parte fundamental de la misma, ambas se necesitan para funcionar adecuadamente: el argumento, más que tratarse de la historia o de los acontecimientos dentro de la misma, viene a ser el hilo invisible que mantienen unida a la trama, que hacen que cobre sentido. En otras palabras, son las razones y efectos que tienen dichos sucesos dentro de una obra. Una novela no es solo un cúmulo de eventos que mueven a los personajes de un lado a otro; cada acción, como en la vida real, tiene una causa y una consecuencia, cada personaje, tiene una motivación, deseos y pensamientos propios que lo llevan a un camino en específico. En segundo lugar, la forma se refiere a los aspectos estéticos de la obra, como lo son la estructura, el estilo y el lenguaje empleado, todos ellos importantes para la creación de una novela, ya que determinan cuan bella y agradable de leer será. Añádase a esto la visión del mundo percibida como la verdad que vive el escritor y que determinará la manera en la que se va a escribir (p. 145).

De igual manera, Vargas Llosa (1998), en *Cartas a un joven novelista* destaca que de la forma depende tanto el desarrollo como la trascendencia de una novela, además del poder de persuasión. Para el autor “es a través de la forma que una novela toma cuerpo, naturaleza tangible” (p. 33). Entendida como la estructura y escritura de la obra, la forma es, junto al estilo, la responsable de que una novela tenga poder de persuasión o, dicho de otra manera, verosimilitud, sin importar el tema que se abarque. Ante esta afirmación, también se ha de añadir el valor de la emotividad planteada dentro de la escritura; sin importar si se relatan las aventuras del ser más improbable, son los sentimientos que conforman al personaje los que logran llegar al lector, haciendo real, durante el trayecto de la lectura, cualquier ficción propuesta por el autor. Podemos afirmar, sin temor a cometer un desacuerdo, que como humanos hemos experimentado todo tipo de emociones, independientemente de nuestra edad. Desde la más tierna edad se conocen las reacciones producidas por la ira, el desconsuelo, el abandono, la traición, y un sinfín de situaciones más a las que estamos expuestos con el simple hecho de respirar.

Ahora hay que añadir que el novelista es reclamado por medio de estas experiencias, proveyéndole de los temas que alimentarán sus fantasías, restándole, a cambio, libertad, pues, ¿a dónde se puede huir de uno mismo? Con todo, Vargas Llosa (1998) afirma que el autor recupera su autonomía con el estilo y la forma; a cada escritor le vienen dados los sucesos que lo marcaron, pero es responsabilidad de él cómo los utiliza y los moldea para adecuarlos a su propósito. A esto se agrega la siguiente consideración del mismo autor:

Esa capacidad de persuadirnos de su ‘verdad’, de su ‘auténticidad’, de su ‘sinceridad’, no viene nunca de su parecido o identidad con el mundo real en el que estamos los lectores. Viene, exclusivamente, de su propio ser, hecho de palabras y de la organización del espacio, tiempo y nivel de realidad de que ella consta. (Vargas Llosa, 1998, pp. 101-102)

Así las cosas, lo anterior sigue teniendo relación con las primeras reflexiones que Vargas Llosa hace con respecto a la novela al compararla con un “striptease invertido” del escritor, quien “iría disimulando bajo espesas y multicolores prendas forjadas por su imaginación aquella desnudez inicial, punto de partida del espectáculo” (p.22). Inclusive, si el autor ha de desprenderse de sí mismo e intente esconderse tras su obra, nunca podrá – ni deberá – olvidarse de su ser, hecho enteramente de reminiscencias, que permanecerá oculto, aun cuando siempre esté presente en sus escritos.

La música y la literatura

En el ruido de la vida, las notas de nuestra alma, nuestros silencios y nuestras desafinaciones, permanecen ocultas, voluntaria o involuntariamente. A diario vemos rostros que guardan una canción que acaso a nadie se ha dejado oír. El asunto es que cada persona atesora una o varias dentro de sí, aunque a veces no se quiera escucharlas. En *El alma del violín*, precisamente, se busca retratar el temor a aproximarse a la melodía propia, por ese poder evocador que puede resultar doloroso, cumpliendo el papel de ese amante tormentoso al que se ama con locura pero que, por momentos, resulta tan devastador que preferiríamos taparnos los oídos y tararear algo ajeno con tal de no sentir lo que nos tiene que decir, pese a ser imposible renunciar a él. Como se observa, la música puede servir como el transporte de aquellas melancólicas tonadas olvidadas y, de igual forma, ser el impulso para dar con la inspiración cuando ésta no acude (Martán Góngora, 1979, pp. 253-254).

Llegados a este punto, es imperioso remarcar la repercusión que ha tenido en la literatura. *En el viajero y su sombra*, Nietzsche (1972) escribe que la música:

Deja en el alma una embriaguez parecida a la de un narcótico que nos sumerge en un estado de somnolencia y de deseo: es sobre todo la música ‘serena’ la que causa al mismo tiempo amargura y dolor, saciedad y nostalgia y que obliga a absorber todo esto sin cesar, como un dulce brebaje envenenado. (p.74)

Antes de continuar conviene saber las observaciones de Daniel Levitin en *El cerebro musical*, para referirse al vínculo que música y literatura comparten desde hace siglos:

No existe ninguna cultura, ni presente ni pasada, que carezca de música (...) La música es importante en la vida cotidiana de mucha gente en todo el mundo y lo ha sido a lo largo de toda la historia de la humanidad. Quien quiera entender la naturaleza humana, la interacción entre cerebro y música, entre evolución, mente y sociedad, tiene que examinar con atención el papel que ha desempeñado en la vida del ser humano, la forma en la que música y humanidad han evolucionado juntas, moldeándose la una a la otra. (p.9)

Baste lo anterior para iniciar a abordar la teoría descrita por el neurocientífico estadounidense, quien, desde la ciencia, nos revela cómo los orígenes de la escritura y la música se hallan en la evolución de una misma zona cerebral, dando paso al desarrollo de tres habilidades – la toma de perspectiva, representación y reorganización – que permitieron a los humanos la posibilidad de crear nuevos significados del mundo, creciendo, al mismo tiempo, el deseo de compartir estas visiones. De esta suerte, el lenguaje y distintos tipos de arte, entre los cuales se encuentra la poesía y la música, dieron sus primeros pasos (Levitin, 2014, p.16).

Sin pertenecer al campo científico, otros académicos han justificado cómo se relacionan la música con el ser humano desde la literatura, el campo que nos compete. Claro ejemplo de ello es Antonio Muñoz Molina (2013), cuyas palabras son dignas de rememorar:

Al que trabaja con palabras, la música le ofrece una valiosa lección de humildad, que es también de realismo: hay universos enteros que están más allá de ellas, complejidades, sutilezas, intensidades que existen al margen de las palabras. Hay cosas fundamentales que no pueden decirse, o no tienen por qué ser expresadas verbalmente, explicadas" (p. 7).

Advertimos, gracias al escritor español, un nuevo alcance de la música en comparación con las letras. A diferencia de la primera, el lenguaje, hasta en los más locuaces escritores, es susceptible de no acertar con la exactitud que sí posee la música, con sus notas oportunas que permiten recorrer los lugares que inevitablemente son, en ocasiones, de imposible alcance para la lengua.

Inferimos, de la misma reflexión de Muñoz Molina, que, como punto de unión, entre la una y la otra, siempre va a existir la duda de cómo empezar y cómo terminar la creación y que al igual que la escritura, la música representa una forma de resistencia a una sociedad que se regocija en el acallamiento; siempre que una obra musical o literaria haya sido escuchada, como lo menciona el autor, nunca más se le podrá dar un final, quedando siempre el eco de la misma, dándole perpetuidad:

El comienzo no es solo el principio de algo sino el tránsito del espacio en blanco a las palabras, del silencio al sonido, un principio del mundo; el final es el tránsito a la extinción, y además nunca es un final, no al menos en una gran obra, de música o de literatura: termina el relato, pero la historia no dicha continúa; se acaba la música, pero queda la resonancia, su apagamiento gradual. (p. 6)

Pasando a otro tema, Blas Matamoro (2013), en *El oído del escritor*, rescata el pensamiento de Paul Valéry, diciendo que "el sentido no suena y el sonido no significa, pero juntos constituyen una suerte de dinámica ambigüedad llamada poesía" (p. 11). Reconociendo que literatura y música son dos tipos de arte que se complementan, el autor insinúa que dicha relación se ve con más claridad en la sonoridad de algunos poemas como los sonetos, y en el caso de la música, en la ópera.

Prosigamos ahora a la *palabra justa*, de necesaria mención para nuestro cometido. La teoría de Flaubert con respecto al estilo, es enseñada por Vargas Llosa de la siguiente manera:

La palabra justa era aquella – única que podía expresar cabalmente la idea. La obligación del escritor era encontrarla. ¿Cómo sabía cuándo la había encontrado? Se lo decía el oído: la palabra era justa cuando sonaba bien. Aquel ajuste perfecto entre forma y fondo – entre palabra e idea – se traducía en armonía musical. (pp. 48-49)

Continuemos la exploración de enlaces entre músicos y escritores con una cita de Alfonso Canales (citado en Gallego, 2013): "los poetas tenemos mucho que aprender de los músicos. No

me refiero a los efectos auditivos, sino a los procedimientos de composición: discanto, contrapunto, desenvolvimiento de los temas esenciales, alternancia de movimientos, etc." (p.13). Antes de pasar adelante, cabe pensar si el discanto no estará presente en obras literarias que hacen uso de distintas voces. Esta técnica, si hace alusión a la usada en la época medieval, consiste en el encuentro de dos voces: una que entona el canto llano y otra que la acompaña.

Hechas estas reflexiones, llegamos al trabajo de Haruki Murakami, conocido por el papel significativo que tiene la música en su obra. En *Tokyo Blues*, por ejemplo, es evidente la presencia de la música pop y algunas piezas de música clásica que ayudan a seguir el desarrollo de la historia. En otras de sus obras, como *Kafka en la orilla*, ocurre lo mismo, recordemos cómo es una canción la que sirve como puente entre las historias que se entrelazan en la obra (como se citó en Gamero, 2016).

En cualquier caso, la música también tiene un poder creador que se vale de aquel poder evocador, antes aludido. Al escuchar una canción, cientos de imágenes, sentimientos y estados de ánimo se arremolinan en nuestro ser, depende de cuál sea el contexto del que proviene la canción en cuestión y de qué tan bien lo conocemos; no es lo mismo escuchar la banda sonora de nuestra película favorita, a escuchar una melodía completamente nueva para nosotros, o lo que podríamos llamar como una "canción limpia", en la cual se presenta claramente este poder creador de la música, que nos permite adueñarnos de esa melodía y, a partir, de esta unión crear un nuevo mundo.

Así como para Murakami cada personaje tiene su propia canción, en *El alma del violín* está presente igualmente esta relación y, además la de descubrir la música de los lugares, del paisaje nocturno, o de una tranquila tarde de verano, o el sonido de la lluvia golpeando en la ventana en un deprimente atardecer, que casi recuerda al título de la adaptación japonesa de la canción de los 80s, *I like Chopin: El sonido de la lluvia es la música de Chopin* (*Amaoto wa Chopin no Shirabe*).

Han sido muchos los escritores que han confesado buscar inspiración en la música para escribir, entre los cuales encontramos a Marcel Proust, el cual, a pesar de no tocar ningún instrumento musical, era un aficionado a esta expresión artística. En su artículo *Domingo en el conservatorio* narra una anécdota que es retomada por Blas Matamoro (s.f.), destacando la

presencia de la música en el texto de Proust: “Rapto místico o efecto de una droga súbita y eficaz, la música había transfigurado a la multitud en una suerte de ejército que contemplaba el mundo desde la cresta de una suprema muralla”. De acuerdo con el escritor argentino, La Quinta Sinfonía de Beethoven acaba transformando la realidad en la que está Proust, cuando tras ausentarse de la sala del conservatorio se ve obligado a ver por una abertura el concierto, pero se encuentra con que “todo podía estar ocurriendo” dentro de la sala, porque, como también lo resalta el autor: “el mundo cabe en el ojo de una cerradura”.

P. Unamuno (2017) es de opinión similar, pues concluye que la música también está presente en la obra cumbre del escritor francés, *En busca del tiempo perdido*, como un recurso para rescatar memorias. En concordancia con lo anterior, Alberto Ojeda (2017) concluye que “la melomanía en el autor francés tiene una influencia determinante en su escritura.”

Bastante similar es el caso de Gabriel García Márquez, para quien las *Suites de chelo* de Bach eran indispensables a la hora de crear, inclusive con los *Preludios para piano* de Debussy escribió gran parte de *Cien Años de Soledad* (citado en Hernández Cruz, 2017).

Antes de dar por cerrado este tema, es conveniente reseñar el trabajo de Isabel Mellado, escritora y violinista chilena, que fusionó sus dos pasiones en *Vibrato*, libro publicado en el 2017. La artista relaciona a una obra literaria, en especial a su parte poética, con el vibrato, que lo describe como un “Temblor voluntario, una desafinación programada, y una imperfección que produce belleza” (Penguin Chile, 2017, 1m3s). Para Mellado, esta técnica musical representa a la vida misma, con sus altibajos y sus fallas, que no siempre deben verse de manera negativa; los “errores” o las dificultades en ocasiones son los que le dan el color a la vida de una persona, y un color único.

Teniendo en cuenta que la novela presentada se centra en la música y en especial en el violín, las apreciaciones de Mellado resultan acertadas. Este instrumento es fascinante por la manera en la que transmite los sentimientos del músico, razón por la cual, una misma melodía tiene un color diferente dependiendo de quién la interprete.

3. Metodología

3.1. Paradigma y Enfoque

Paradigma de investigación. Cualitativo.

La creación literaria requiere un proceso investigativo, que no será una investigación grupal como tal, pero sí se llevará a cabo una investigación individual, en donde se efectuará una inspección interna que se verá reflejada en la obra.

Atengámonos ahora al hecho de que la literatura es producto de la interacción y la preocupación de un individuo frente a la sociedad. Es por esta cuestión que la presente investigación tiene un paradigma cualitativo, entendido como un análisis del entorno para una posterior interpretación de los hechos. De ahí que entre las características de este paradigma se encuentre que “la inmersión inicial en el campo significa sensibilizarse con el ambiente o entorno en el cual se llevará a cabo el estudio” (Hernández Sampieri, Fernández & Baptista, 2010, p. 41). Conviene subrayar lo dicho con anterioridad, visto que, la escritura, al nacer en un ambiente social y cultural, hace forzoso adentrarse en la realidad para así poder comprenderla, lo cual permite sospechar que el paradigma cualitativo en una investigación admite “el ‘modelo dialéctico’, considerando que el conocimiento es el resultado de una dialéctica entre el sujeto (sus intereses, valores, creencias, etc.) y el objeto de estudio” (Martínez, 2006). Planteada así la cuestión, decimos que la creación literaria demanda un continuo diálogo entre el autor y el contexto, por ello las condiciones sociales y culturales de un escritor se ven reflejadas en su obra.

Enfoque de investigación. Investigación-creación

El arte, desde la triada artista, espectador y obra, impulsa el desarrollo de nuevos conocimientos a partir de experiencias y escenarios insospechados hasta el momento de la creación o el encuentro con una obra, pero para alcanzar este punto, el investigador creador debe hacer uso de la imaginación, que para los investigadores tradicionales resulta, como lo menciona Dávila, “desordenado e irracional” (como se citó en Daza, 2009) y que, sin embargo, es elemental para cualquier proceso investigativo, permitiendo reinventar al mundo y sobre todo al propio

investigador, es así como Daza (2009) afirma que “el primer reto que tiene el creador – investigador es romper con sus propios esquemas para proponer unos nuevos y diferentes. Principal característica de la investigación el rompimiento de paradigmas” (p.76).

Es de esta manera como podemos llegar a la conclusión de que en la investigación creación se propone un enfoque en el que el objeto de estudio sea a la vez el sujeto investigador, permitiendo así que tanto la obra o práctica artística como el creador y el proceso de mutación que sufre, tengan igual alcance. (Daza, 2009, p.77)

3.2. Técnicas e instrumentos de recolección de información

3.2.1. Técnicas de recolección de información

Observación. Uno de los mayores desafíos para un escritor es lograr conectar con sus lectores, hacer que su historia tome vida no solo para él. Para ello, lo más viable es captar, por medio de la atenta observación, los detalles y la esencia de los lugares y las personas que encontramos a lo largo de nuestra vida.

Imaginación. La imaginación es el eje fundamental sobre el cual crece una obra de ficción. En imaginar lo imposible y en reinventar lo posible se encuentra el sentido de la creación literaria. En ella se encuentran las múltiples formas de interpretación de un mismo hecho y que varía de persona a persona. Es casi imposible encontrar una historia completamente novedosa, que abarque temáticas que nunca nadie haya tocado con anterioridad, ¿qué hace, entonces, que, aún con tópicos en común, dos historias sean diferentes? Es, precisamente la visión personal de cada autor, que se guarda en su mundo interior, en su imaginación, aquello que lo diferencia de otros.

Escucha. Se recurrirá a melodías que desempeñen tanto el papel de inspiración como el de sustento a la creación de *El alma del violín*. La música siempre nos hará enfrentar a nosotros mismos, a nuestra esencia, a nuestro pasado, a nuestros anhelos y miedos; por este motivo no todos ven lo mismo con una canción y por medio de la escritura se pretende dar un lugar a estas interpretaciones. Los sonidos de la naturaleza y de los lugares también servirán a este propósito: en lo cotidiano aún se encuentran melodías ocultas.

Revisión documental. La música resulta indispensable en el desarrollo de la novela, razón por la cual, es necesaria la constante revisión de referentes musicales que favorezcan a la creación literaria. La exploración de otro tipo de documentos también se incluye en este proceso, con el fin de abarcar diferentes perspectivas que nutran la escritura.

Noche. En un mundo en donde el ruido y el desorden se convierten en la banda sonora de nuestras vidas, es necesario dar un respiro a nuestros oídos y a nuestras almas, para que así, con el silencio y la calma que trae la noche, se logre organizar las ideas que a lo largo del día han revoloteado sin un rumbo fijo; en la noche éstas se encaminan hacia la creación. Sin las preocupaciones diarias que se ven empeoradas por el ruido incessante del tráfico u otras estridencias de la ciudad, la noche es el escenario en el que la escritura fluye. Incluso la oscuridad de la noche ayuda a este proceso. La ciudad mientras tanto, está abarrotada por colores y formas ubicadas estratégicamente con el objetivo de exaltar nuestro pensamiento y conducirnos a diversos estados, pero no al de crear e imaginar.

En la claridad todo es demasiado literal y no hay lugar para contradicciones porque todo es como es, la luz quita la posibilidad de conocer y descubrir lo que se esconde más allá de la superficie iluminada, “la luz que todo lo embrutece” diría Víctor Ramírez Núñez en *Actas de Medianoche* (citado en Sabido Sánchez, 2010). Contrario a lo que se podría creer, es la luz la que nos impide ver realmente la esencia del mundo, de la vida.

Memorias. En específico se recurrirá a la búsqueda de sensaciones e imágenes que quedan en la mente ante diversos hechos, lugares o personas.

3.2.2. Instrumentos de recolección de información

Libreta de apuntes. Este instrumento es indispensable en el desarrollo de una obra literaria, dado que los momentos de inspiración o las ideas creativas pueden llegar en los lugares menos pensados, así como los hallazgos realizados en piezas musicales o recuerdos, por lo que siempre se debe contar con este tipo de objetos.

Ficha de revisión documental. En esta ficha se consignarán todas las ideas que se encuentren en los diferentes tipos de obras o documentos que favorezcan a la creación y desarrollo de la novela en curso, tales como piezas musicales y demás expresiones artísticas.

3.3. Proceso de creación

Rememranza, observación e imaginación.

Debido a que la novela presentada está fragmentada en hechos que tienen su origen en uno o más de estos elementos, se los toma como un solo paso en el ejercicio de escritura. Por un lado, los recuerdos en la creación literaria son importantes, ya que brindan la posibilidad de desahogo y de sanación, además de darle a la obra un carácter verosímil, aunque ésta sea de ficción. En este proceso de recordar, la música tiene un papel fundamental, dado su carácter evocador. Del mismo modo, la observación servirá para que la novela siga teniendo partes de la realidad para que así la conexión entre el lector y el libro sea más profunda. Por su parte, la imaginación ofrecerá el toque mágico que facilite una visión diferente, ya sea transformando lo recordado u observado, o creando sucesos completamente nuevos.

Planeación de la historia

Tras observar los fragmentos que componen la propia historia del autor, él mismo deberá poner en consideración los temas que siguen ocupando un lugar en su mente, pues de ahí se desprenderán las ideas para posibles historias. Al decidirse por una – o varias – se podrá comenzar a realizar una estructura que defina el camino a recorrer.

Escritura

Éste es el punto más importante del proceso; aquí se responde a la pregunta ¿cómo expresar una idea con palabras? Este el momento más íntimo, en donde se logra un diálogo con la parte más profunda de nuestro ser.

Exploración

Si bien es importante tener un lugar del cual partir – la planeación de la historia – es aún de más valor, al menos en el caso particular, escuchar a los personajes, dejarlos que tomen vida y así maquen por sí mismos, el ritmo y el rumbo de la historia.

Revisión

Intentando ver al texto con ojos ajenos, se buscarán fallos en el argumento, o palabras que no tengan la suficiente fuerza para transmitir. Por lo tanto, las revisiones de otras personas con nuevos puntos de vista e interpretaciones también serán vitales. El proceso de revisión, asimismo, ayuda a clarificar aspectos estructurales y argumentales de la obra para que así tenga coherencia.

Reescritura

Teniendo en cuenta las observaciones que se hizo en la revisión, se harán las debidas correcciones.

Cronograma

Semestre B2018

ACTIVIDADES	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
Investigación de Referentes	X	X	X	X	X
Elaboración del proyecto	X	X	X	X	X
Inscripción del proyecto				X	
Asignación de Asesor				X	

Semestre A2019

ACTIVIDADES	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio
Desarrollo del Proyecto	X	X	X	X	X
Aplicación de Instrumentos y técnicas	X	X	X	X	X
Entrega del borrador				X	

Semestre B2019

ACTIVIDADES	Agosto	Septiembre	Octubre	Noviembre	Diciembre
Designación de Jurados				X	
Pre sustentación				X	

Semestre A2020

ACTIVIDADES	Febrero	Marzo	Abril	Mayo	Junio
Elaboración del informe final	X	X	X	X	
Sustentación				X	

Presupuesto

Número	Concepto	Valor Unitario	Valor Total
2	Cuadernos	3000	6000
2	Portaminas	7000	14000
10	Minas	1000	10000
50	Papel	50	2500
2	Tinta	8000	16000
Total			48500

CAPÍTULO II: Producción

El alma del violín

Odiabas la lluvia porque ponía en tu rostro lágrimas que ya creías olvidadas, ¿verdad?

Cuando amanezca, el cielo parecerá haberse lavado la cara después de llorar toda la noche, y me recordará a mí, y me recordará a ti, pues vestirás de un blanco tan blanco como algunos de tus cabellos, aunque para ti solo se estaban tornando de esa tonalidad por la necesidad de iluminar algo que nunca me confesaste. No te contradije, no fui capaz, no porque te temiera, al contrario, temía acabar con tu mirada honesta, que no solo en mí, sino en el mundo, creía perdida hasta antes de que me encontraras.

¿Recuerdas ese feo edificio que resaltaba tanto y, desde cierto punto de mi azotea, según decías, parecía dirigirle una obscenidad a Dios? Por suerte ya no está, pero eso no importa, solo importaba saber cómo alguien como tú descubrió aquel gesto. Al preguntarte, solo te empezaste a reír, a reír de tal manera que yo, incluso yo, quien por años había aborrecido el sonido de las risas ajenas, empecé a reírme también, encantada en parte por notar uno de tus dientes, un poco más largo que los demás. Un detalle oculto hasta ese momento.

Ni siquiera tu violín, hace apenas unos minutos, hizo que los vecinos empezaran a encender las luces de sus casas, una tras otra, como lo hicieron nuestras carcajadas. Pasado un tiempo, ya habíamos olvidado el motivo de nuestra repentina alegría, hasta ahora que veo el espacio vacío;

me recuerda, desde este punto, a la sonrisa de un niño empezando a crecer o a la de un anciano empezando a morir.

Sigo cuestionando por qué vuelvo una y otra vez a este lugar, a este pueblo escondido entre montañas dispares que todavía siguen provocando en mí el mismo tipo de claustrofobia que debieron haber sentido los insectos, víctimas de mis raptos cuando era pequeña.

Mi retorno ahora, al menos tiene motivos más claros. En ese entonces la respuesta más probable era un destino al que le encantaba valerse de mis caprichos para moverme por aquellos escenarios verdes y marrones – y un poco grises también – que, desde que tuve uso de razón, había amado y aborrecido a partes iguales.

Es gracioso recordar el día de mi retorno, después de años de haberme prometido silenciosa, aunque solemnemente, no regresar. Solo puedo evocar la imagen de una niña mimada rodeada de rumores extraños que prefería no descifrar: bolsas que iban y venían, pedidas entre frases inconexas y confusas en un curioso acento. El calor de las dos de la tarde se hacía más insopportable al haber pasado, por lo menos, cinco horas dentro de ese autobús estrecho y anacrónico. Cada tanto, me giraba para ver, con una mezcla de admiración y envidia, a mi acompañante desconocida de aquella travesía: había caído en un sueño profundo desde antes de empezar el viaje. Tenía el cabello largo, sujeto de manera descuidada. Por su manera de fruncir el ceño mientras dormía, diría que rondaba la treintena. Habría podido seguir viéndola hasta el final del recorrido, de no haber sido porque el movimiento sin sentido de su cabeza empezaba a marearme. La mujer en los asientos de al lado también miraba la cabeza de mi compañera de asiento con curiosidad, como si no se quisiera perder

el momento exacto en el que esta saliera volando hasta caer en el regazo del conductor. Cuando se percató de que la miraba, me sonrió con el único diente que le quedaba y giró el rostro hacía su ventana.

Con el cambio de paisajes el ambiente dentro del autobús se aligeró: el pueblo estaba cerca. Yo por mi parte, ya lo había notado, no sabría decir si gracias a las raíces que de manera inevitable me unían a ese lugar o por el mismo tipo de instinto que mantiene alejados del peligro a los animales. Mientras miraba una hendidura en el respaldo en frente mío, la mujer del diente se arrastró hasta el pasillo. Levantándose con dificultad sacó un bulto que, en apariencia, la superaba en peso. Giré de nuevo la mirada hacia la cabeza bailarina, esta vez para evitar cualquier contacto visual que me comprometiera a ayudar a la mujer. El bus se detuvo a la espera de que bajara. El sol casi me enceguecía y las amplias mejillas de mi acompañante empezaban a tomar un color rosa fuerte. Su cabeza, desplomada hacia adelante, al menos ahora estaba inmóvil. Por encima de ella pude distinguir una figura humana en la carretera. Antes de que la polvareda revelara su identidad volvimos a nuestra pesada marcha. A los pocos segundos, alguien más pidió bajar para enfado del conductor que frenó con violencia, logrando que la frente de la mujer se estampara con el asiento de adelante. Intenté buscar la figura de nuevo, mientras a mi lado la mujer, desorientada, me preguntaba si ya habíamos llegado, pero por la ventana ya no podía distinguir nada más que el reflejo del hombre de atrás, quien parecía estar murmurando algo.

///

Cada noche desde mi llegada, cuando el vecindario dormía, descorría un poco la cortina de mi ventana, lo suficiente para asegurarme de que los sonidos camuflados por el lamento de un gato solitario que no quería estar solo, eran, en efecto, las cuerdas frotadas de tu violín.

Para los demás, la noche parecía hacer más sencillo ignorar los gritos ajenos capturados a lo largo de tus travesías, a excepción de mí, quien contra todo pronóstico parecía ser la única capaz de oírlos... ¿lo hacías adrede?, ¿para ese momento ya sabías de la animadversión que me unía a las personas? Porque en mi corazón, al oírte, parecía reproducirse una imagen oculta durante gran parte de mi vida, en donde el resto se me presentaban como seres que, como yo, sufrían a veces por pequeñeces, a veces no. Que lloraban cuando estaban solos, porque se sentían solos. Que a veces podían enternecerse, por ejemplo, con tu música, con sus mismas melodías. Sentí con una abrumadora claridad cómo, en ese mismo instante, cientos de miles estaban sufriendo. Las penas acumuladas eran tan pequeñas en comparación. Unidos por el dolor inevitable, esa noche me sentí parte del mundo por primera vez.

En esos días solo te había visto de lejos como la niña temerosa que siempre fui, influenciada por las historias extrañas que, con rapidez, se habían formado a tu alrededor. En las visitas de los únicos parientes vivos que aún me quedaban en ese lugar, realizadas por compromiso social, me enteré, sin preguntar, de que una mujer “rara” andaba a veces por ahí, según mencionaron con un gesto de sorna mal disimulado. “Y siempre lleva un estuche de algo”, añadió otro. “Tal vez el estuche de un instrumento”, sugirió uno más entendido, sin perder el tono burlesco de la conversación. “Será un

instrumento pequeño, entonces”, supusieron. “Pero no tanto como una flauta”, me aclaró el más joven, ante una duda que nunca pasó por mi mente.

El sentido común, traducido como miedo, nunca lo perdí del todo, incluso después de entablar conversación contigo por primera vez. Después de planteármelo por mucho tiempo, ya no miraba diferencia entre tú y yo. Si tenía que huir de ti, a los ojos de los demás también debería huir de mí, y lo había hecho por mucho tiempo, intentando ocultarme en la imagen que los demás tenían de mí, pero era imposible seguir huyendo. Era inevitable nuestro encuentro.

Era tan hábil huyendo que a veces no reconocía mi reflejo: ¿en dónde me había conocido? De vez en cuando, al mirarme, algo no encajaba, pero, ¿qué era lo que no encajaba?, ¿lo de adentro o lo de afuera?, ¿desde dónde estaba mirando?, ¿desde adentro o desde afuera?

Para pasar los largos días de aburrimiento, a veces cantaba o bailaba frente a una grabadora o un espejo, hasta en medio de las volteretas del canto o de la danza, yo empezaba a perder la imagen que había tenido de mí. Muchos de mis días se fueron en aquellas sesiones improvisadas, dudando de mi papel de artista o espectadora. En cambio, la mujer de sonrisa eterna parecía tener claro su papel: ella era una simple observadora del mundo y sus débiles criaturas que, como a mí, se les iría la vida entera en descifrar el porqué de todo. Pero, ¿ella de verdad lo entendería? Detrás de esa calma con la que ejecutaba melodías que yo creía conocer, ¿en realidad entendería todo lo que en mi mente yo no podía llegar a comprender? Esa duda fue el impulso necesario para hablarle; deseaba dejar de sentirme borrosa como una pintura abandonada. Quería, al menos, saber algo en esta vida y por el momento me bastaba su nombre. Sin embargo, su respuesta fue decepcionante

en principio: “los nombres no importan”, dijo, mirando mis ojos crueles. Yo insistí con una tenacidad desconocida en mí. Preguntó que para qué quería saber algo que no la definía de ninguna forma y que posiblemente yo no sabría pronunciar. Sin más remedio, bajé la mirada. Tras un breve silencio, repuso que, si tanto me interesaba, podía llamarla Elena. A cambio, nunca le diría mi nombre, pues ella misma se encargaría de encontrar uno que encajara conmigo cuando me conociera lo suficiente. Para ese momento, ya había entendido que, si le decía que entonces Elena no era su verdadero nombre, ella respondería que era más verdadero que el mío. En su lugar, atiné a preguntar:

—¿Por qué “Elena”?

Tras analizar mi rostro por un segundo, susurró con simplicidad: “Porque fue el primer nombre que me gustó”.

A partir de ese momento, tal vez por la búsqueda eterna del nombre que se adecuara a mi ser, seguí descorriendo la cortina para después tomar un abrigo e ir a la azotea en donde yo observaba a Elena afinar un poco las cuerdas, mientras los gatos estiraban las patas, preparándose para una carrera que se prolongaba hasta el amanecer.

///

La figura un poco encorvada de aquella violinista que quería ser llamada Elena fue llenando en principio mis noches y después mis días.

De cara a una amplia calle, vacía y silenciosa a esas horas, nos sentábamos en el borde de la abandonada azotea de la casa que me había visto correr de pequeña, retando, al menos de mi parte, a uno de los tantos miedos que habían ido apareciendo a lo largo de mi vida. El suelo se me antojó lejano e infinito, mientras ella, aún más distante, ignoraba por completo mi presencia; quería convencerme de que con su silencio estaba accediendo a tenerme como única espectadora, pero ella solo parecía dedicada a observar con fijeza la silueta clara de la montaña que, según la creencia popular, auguraba lluvia cuando quedaba cubierta por la niebla. A mis ojos solo se asemejaba al perfil de un hombre especialmente feo.

En las primeras noches a su lado me sentía como una niña que con sus preguntas pretende esclarecer su mundo y, como en mi niñez, yo misma acallé muchos de mis interrogantes. Al final, solo terminaba retorciéndome las manos, intentado contener el caudal de palabras y dudas que amenazaban con desbordar mi alma. Me hubiese gustado preguntarle de dónde venía y por qué precisamente a un lugar como ese, aunque, con más seguridad, de mi boca habría salido la pregunta de qué hacía en mi azotea o, como lo dirían algunos de esos familiares lejanos que ya ni en nuestros apellidos coincidíamos, por qué estaba invadiendo propiedad privada; pero yo no podía juzgarla por algo como aquello, cuando, después de tantos años acumulando silencio, esa casa al fin volvía a latir.

Me encontraba a su lado, con todos estos pensamientos inconclusos, sin poder darles forma, sin saber qué decirle, sin saber siquiera si era necesario decir algo. Solo estaba ahí porque un día, de repente, la agonía de escuchar aquella música que cada noche se tornaba más insistente, se había hecho insopportable y tenía que solucionarlo; era casi una necesidad básica e instintiva lo que me había llevado a ella. No era mi culpa. Solo había obedecido a lo único a lo que nunca me pude resistir en la vida.

De tanto en tanto, dirigía pequeñas miradas furtivas a mi compañera nocturna, solo para sentir lo mismo que experimentaba cuando visitaba una iglesia: era como estar – así lo pensé las primeras noches – ante la imagen acristalada de un santo, un santo de pies griegos desnudos, manos de dedos largos y huesudos y uñas arredondeadas, cortadas al ras, al menos las de la izquierda, con un rostro no tan hermoso pero que quien lo había pintado se había esforzado por darle un toque beatificado.

Elena, contrario al actuar de un santo, se estaba olvidando de su promesa de buscarme un nombre. Lejos de sentirme casi huérfana e invisible, la curiosidad que nuestro primer encuentro había causado en mí se acrecentó. Cada noche, Elena llegaba, desenfundaba el arco, y yo, con los sentidos aguzados desde que el sol empezaba a extinguirse en el horizonte, respondía a su presencia. Sin decir nada, terminaba de ascender por la improvisada escalerilla formada con tubos sueltos que llevaban a la azotea que antaño había sido un rincón olvidado de la casa, y me sentaba expectante.

Quería convencerme de que Elena esperaba mi llegada para desenvolver de una vieja bufanda de un rojo mustio, un gran libro con una cubierta que, a pesar de su simplicidad, despertó mi curiosidad.

Al percatarse de mi mirada intensa sobre el pesado compendio de hojas, me lo ofreció con una sonrisa que le marcó unas arruguillas alrededor de sus ojos.

Recordé cuando era pequeña y me quedaba en una casa ajena y mi tía, por ejemplo, me dejaba un libro casi tan enorme como el de Elena, con los cuentos más maravillosos que alguna vez leí.

Mientras abría el libro, Elena se sentó frente a mí. Empecé por el que, supuse, sería el comienzo. Estaba en blanco. Confundida, alcé la mirada hacia ella; seguía observándome sin perder la sonrisa. Incómoda, bajé la vista de nuevo a las páginas: en medio de la noche iluminada por una farola a unos metros, agucé la mirada sin éxito. Seguí avanzando hasta llegar a la mitad del libro, donde observé una partitura. En adelante, todas las hojas estaban llenas de signos musicales. Cuando regresé a la página del centro en donde me imaginé empezaban las demás, ella, con el índice un poco torcido, me señaló la partitura, mientras musitaba con su voz ronca: “esa fue la de hoy”. Fruncí el ceño tratando de comprender a qué se refería; entonces, tras cavilar por unos momentos, entendí que esa había sido la canción de esa noche, la canción que me había animado a salir de la seguridad de mi cama, para aventurarme a la búsqueda de una persona de la que, en otras circunstancias, habría rehuído inclusive la mirada.

Había algo extraño en el orden de la obra; parecía terminar en donde, según yo, empezaba. Tras girar las hojas una y otra vez, empecé a sospechar que el comienzo, no solo de esa canción, sino de todo el libro, estaba en la parte final. Comprendido esto y sin contar la escasa educación musical con la que contaba, el libro no era tan difícil de entender, al menos en cuanto a la organización se

refiere, pues, ahora, por lo menos, sabía por dónde empezaba cada canción, aunque de poco me servía en realidad.

De algún modo me recordaba a mis cuadernos en mi época de estudiante. Tomaba cada hoja como una nueva oportunidad para ser más ordenada, pero sin importar cuánto me esforzara al comienzo, cada página terminaba con un cúmulo de anotaciones y signos que, pasados unos minutos, ni siquiera yo entendía.

En cuanto a la canción de ese día, estaba segura de que se trataba de un tipo de adaptación de un tango olvidado en algún lugar de mi infancia, hasta esa noche. No estaba segura si el título que Elena, con una letra de trazos casi infantiles, había escrito arriba del todo de la partitura, coincidía con el original. Para ser sincera, dudaba que aquel tango, posiblemente de Piazzolla, llevara por nombre *Las cortinas que se balancean al compás de los tacones rojos*.

Esa noche, exhausta por intentar comprender de dónde venían y a dónde iban los tacones rojos, giré el cuerpo, viendo así parte de la casa. Había en ella muchos corredores: largos, oscuros y fríos, con bombillos que ya no funcionaban, y habrían seguido sin hacerlo de no ser porque, en esa noche, cuestionando mi sensatez, lo único que me había mantenido con vida, me dirigí con cautela a la parte trasera de la casa para tener una visión más clara del origen de las serenatas de las que nadie se quejaba. Aquella noche, al parecer, la curiosidad que había ahogado de pequeña, estaba ganando por primera vez la partida a la rígida tranquilidad.

///

Según Elena, solo nos observaba por el interés que la movía a tocar las canciones que, a su juicio, nos representaban. Aun así, me preguntaba si no habría en la manera en la que hablaba y miraba, un deseo oculto, hasta para ella, de encontrarse a sí misma en nuestras canciones. Al menos eso pensaba cuando la observaba mientras pasaba las cerdas del arco con ímpetu por una gastada tableta de resina hundida en el centro. No concebía la idea de que alguien cuyas interpretaciones no podían ser catalogadas de ninguna otra forma sino como bellas, no sintiera lo que tocaba.

Yo, entre todas las personas que la conocían, de seguro era la que menos entendía de música, pero sabía dentro de mí, que no necesitaba ningún tipo de conocimiento, porque la música por sí sola poseía aquella fuerza de entrar en el corazón de las personas, sin importar si entendían de aspectos técnicos como la importancia de la precisión al ejecutar cualquier pieza o el estado de las clavijas.

Durante mi estancia en aquel lugar, cuando salía durante el día y encontraba a Elena deambulando por las calles o sentada en alguna banca del parque principal, antes de huir de ella, me fijaba en cómo su mirada hacia las personas ajenas a su presencia, se confundía entre una curiosidad infantil y un cortés desinterés que me abrumaba. Quería entender a Elena, y como muchas otras cosas, tampoco pude tener eso. Su mirada, como noté más adelante, a veces era incluso fría, tan parecida a la mía, que me fastidiaba. Y en otras ocasiones, mientras miraba hacia la calle debajo de mi azotea, era tan triste que me incomodaba verla. Sin más, volvía a mi encierro voluntario sin dirigirle la palabra, sin que ella, al menos, me notara.

Entonces, al igual que antes de recurrir a la compañía nocturna de Elena, sentía cómo la oscuridad y la soledad – y el silencio de ambas – empezaban a trastornar mi sentido de la realidad, tanto como quería creer que afectaban a los demás.

En días como esos, pasaba más tiempo con las imágenes mentales que tenía de las personas que con ellas mismas. Pues era esa, tal vez, mi manera de afrontarlas. O el único consuelo que me quedaba. Nuestro único lugar de encuentro.

Durante tantos años escuchando solo mi voz, recorriéndome como un camino destapado, había llegado a la conclusión de que era incapaz de reaccionar ante los demás, por lo general cuando un sentimiento tan fuerte como extraño se apoderaba de mi corazón. No podía demostrar el interés genuino que hubiese querido. Algo en mí evitaba que una parte más pura e inocente que cualquier otra saliera.

Nunca hubiese advertido los problemas que esa peculiaridad mía me traería, hasta que vi a Elena. Ella era un recuerdo de lo que ya había perdido con anterioridad. Una segunda oportunidad, podría decirse de una manera irreflexiva. Como sea que fuese, no podía evitar escuchar a Elena cada noche. Mientras, intranquila, daba vueltas en la cama, tenía la certeza de que, de haber huido de aquel lugar como lo habría hecho en otras circunstancias, el sonido de su violín, del pueblo, seguiría persiguiéndome.

///

El monólogo de la chica en el lavadero de la casa, tan interminable y confuso como los patrones de las baldosas del suelo que me dediqué a observar mientras la oía, parecía hecho más que para contarme su vida, para convencerse a sí misma de que esas historias con tintes novelescos habían tenido lugar alguna vez.

Su madre, incapaz de volver a trabajar en ese oficio, también tenía la costumbre de ignorar el mal clima, yendo de casa en casa, lavando con una fuerza contraria a su apariencia, prendas que, después de pasar por sus manos, quedaban con un color débil y aspecto avejentado. Por la misma tozudez de la madre y que había heredado la hija, renuncié a intentar convencerla de regresar otro día. Sin más remedio cerré el portón de la casa tras dejarla entrar.

Mientras arrastraba el canasto lleno de las sábanas inhabitadas por años, le pregunté por su madre, imitando la cortesía que hacía quedar tan bien a las personas, dando así inicio a la interminable retahíla de fantasías narradas con fervorosa ingenuidad, emulando de manera inconsciente a una niña que se desvive contando sus aventuras del día, aunque a nadie le interese porque, en el mundo de la gente grande, hay otras prioridades. Aun así, sin llegar a comprenderlo, sonréí, mientras un tenue rayo de sol, que resaltó en la oscura mañana, se abrió paso hasta llegar a la mejilla de la muchacha, quien, a pesar de seguir hablando con su voz aguda que se mezclaba con el chorro del agua, dibujó una tenue sonrisa con un dejo de suficiencia; ya sabía, sin duda, que el sol llegaría. Eso parecía decir su mirada.

Pegada a la pared, al lado del lavadero, me sentía como la única espectadora de una obra, en donde las palabras de la muchacha insuflaban vida a los muñecos de madera manejados desde arriba y, pese a perder por ratos el hilo de aquel monólogo que, como casi todo en esta vida había aprendido a sentir lejano y borroso, de haber tenido la posibilidad de estar en otro lugar, no me habría ido; prefería quedarme escuchando sus intentos de explicar su realidad en lugar de empezar a rumiar los míos.

Sin previo aviso, una pregunta me arrancó del somnoliento estado en el que me habían adentrado:

—¿Y a usted le gusta alguien?

Confundida por la repentina cercanía que solo parecía romperse con el “usted”, observé a la chica, cuya piel estaba un poco tostada por el sol, similar a la de Elena. De esa brusca manera, había sido llevada de nuevo a aquellas tardes de reuniones con mis compañeras de estudio, las cuales, más que servir para hacer tareas, servían para hacer confesiones.

Un trozo de cal cayó al suelo cuando despegué el hombro de la pared, mientras le respondía que no, antes de salir por el marco apolillado de la puerta.

Ya en mi habitación, con una vista más o menos clara de la azotea, me pregunté qué hubiese pasado si Elena, en un hipotético caso, me hubiese preguntado quién me gustaba. Resultaba incómodo pensarlo al menos: podía intuir que aquella pregunta guardaría un tono parental viniendo de ella. Lo más probable es que yo también hubiese girado el rostro con brusquedad, con la misma mezcla

de sorpresa y molestia que con la muchacha. Entonces ella hubiese sonreído, expectante e ignorante de mi incomodidad al ser interrogada de esa forma.

Intenté traer a mi memoria el rostro de Elena con la mayor claridad, tal como lo hacía cuando estaba haciendo un bosquejo de alguien que había visto en alguna ocasión ya lejana. Como si estuviese en persona, Elena se mostró como un cúmulo de piezas sueltas, imposibles de unir con tristes bocetos mentales. Si quería encontrarla en mi mente, no bastaría con entender sus facciones.

Quizás el orgullo era lo que me impulsaba a salir cada noche y no un verdadero interés. Sin embargo, cuando me cubría con las sábanas de mi cama, después de otra noche con ella, con su esencia aún pegada en mi mente, sabía que solo era una excusa para justificar un actuar que, quien me conociera, tacharía, como mínimo, de irresponsable. O tal vez era eso: una suerte de adolescencia tardía, una fase de rebeldía para conmigo misma, como si al estar junto a ella estuviese diciéndole a una figura de autoridad inexistente, que tenía los amigos que me daba la gana y no me importaba la opinión de nadie. Pero era mentira, de lo contrario no hubiese huido de su presencia estando bajo la luz del sol. Y todo porque pensaba, bajo el yugo del pueblo, que, en lugar de en la búsqueda de aquel sonido capaz de arrancarme de mi lecho melancólico para llevarme a uno más dulce pero igual de doloroso, hubiese salido en la búsqueda de aquel muchacho que en aquella temporada se había convertido en el objetivo de los retratos llenando ya, por lo menos, la mitad de mi libreta nueva: el rostro que más se acercaba a la pregunta de la chica.

Aun así, nada es tan sencillo ni tan claro, al menos en ese aspecto. Al llegar a cierta edad, hasta yo había empezado a reírme de mí misma, pensando en que no había pasado de esa etapa en la que los

niños sienten animadversión hacia cualquier cosa relacionada al romance. Había estado gran parte de mi vida diciéndome que aún no era el momento: después ya sentiría un interés real. Pero, por más que los años avanzaban, ese día no llegaba. Mi mente y mi corazón, al parecer, no habían crecido.

¿Qué era enamorarse, entonces?

Esa pregunta empezó a revolotear mientras oía el chapoteo de la ropa, siendo estrujada por la hija de la lavandera.

¿Era la fascinación que sentía por el chico de mis retratos? ¿Era ese halago de ser querido por otro?

En los últimos días, tan similares en la calidez superficial de aquellos, antes de conocerte, he llegado a creer que el amor, más que enamorarse, no residía en cuestiones que delataban la torpeza y vulgaridad humana. Tal vez solo estaba en sentarse a contar las nubes que cabían en el cielo mientras te oía, accediendo a todas tus incoherencias como si fuesen la salvación de esta pobre niña que aún no entendía qué era el amor.

De repente, una imagen que no pude ubicar en ese momento, se posó en mi mente, mientras el chapoteo se tornaba más intenso: dos personas jugueteando entre sí en la oscuridad, dejando que primero sus manos se entrelacen bajo un manto nocturno de confidencialidad, recorriéndose a sí mismos y a la calle iluminada por farolas sacadas de otra época, que espantaban las sombras al acecho. Había algo extraño, casi incómodo en esa imagen. Una punzada de celos me atravesó el

pecho porque, a pesar de que aún era joven, ya no era lo suficiente para volver a tener un primer amor, inmaduro e infantil, temeroso e indeciso. Como un gato lamiéndose sus heridas, me conformaba con pensar que mi mente había sacado aquello de esas películas románticas que a veces miraba, y que en la vida real todos se sentirían un poco como yo: como si nunca hubiesen experimentado un amor puro y hermoso, pues el amor era dolor más que cualquier otra cosa. En el fondo seguía atormentándome la idea de pertenecer a un pequeño grupo al que le había sido arrebatada esa pequeña dicha, incluso desde antes de tener memoria, tal vez desde mucho antes, cuando aún no podía rehusarme a una herencia negada por los demás.

Aunque no diese esa impresión, pues yo misma me tardé en advertir esta necesidad viva en mí, en muy poco tiempo empezaba a sentir cercanas a las personas que me rodeaban; como una niña hambrienta de amor me aferraba a un cariño que, sin importar cuánto lo buscara, nunca pude encontrar del todo. Al crecer, al menos en estatura, me conformé con admiración, lo más cercano al amor que alguien como yo podía aspirar a tener. Esforzándome por ser mejor para ellos. Al menos lo intentaba: con furia y desespero trataba de ganar halagos para poder unir otra vez esa parte en mi pecho que se había separado.

Me preguntaba, tal como esa noche mientras Elena, sacando el violín del estuche, tarareaba un aria que no había creído volver a escuchar, si sería de ese modo para todos, si en realidad aquello que llamábamos amor con tanta facilidad no sería solo un invento para igualar los miedos infundados con los que habíamos crecido.

///

Hasta salir de la casa, la muchacha evitó mi mirada, avergonzada por su atrevimiento, supuse. Una parte de mí quería decirle que no estaba enojada, ni siquiera incómoda. Pero estaría mintiendo: no deseaba hablar de ese tema, considerado tan complicado como inútil por mi joven yo, y de lo que sí querría hablar, sin duda no lo haría con ella.

Pensé en qué hubiese pasado de haber estado Gabriel en esos momentos. Cuando éramos niños, él, sin importar cuán sudorosas tuviese las manos, seguía sosteniendo con fuerza el manubrio de su bicicleta, demasiado grande para él, y seguía pedaleando con tal de no ser llamado cobarde, porque en el fondo sabía que lo era, casi tanto como yo. Eso no era suficiente para llegar a considerarlo cercano; el tiempo ha sido el encargado de traerlo a mí con ese tipo de nostalgia que se le tiene hasta a las épocas más adversas.

Durante unas vacaciones, en las cuales comparábamos cuánto habíamos crecido, Gabriel invirtió sin éxito cada mañana en enseñarme a montar en bicicleta: como su frente estaba cada vez más sudorosa y sus lecciones eran cada vez más acaloradas, al final se rindió y dejamos aquel absurdo sin decir ni una palabra; creímos que, al mencionarlo en voz alta, el tiempo perdido se haría más real.

Yo solo había terminado observando cómo él seguía pedaleando y pedaleando, haciéndole frente al miedo que le estrujaba el estómago. Habría deseado tener ese tipo de espíritu. Pudiese ser que, de hecho, un poco de ese temor suyo a perderse la vida se apoderara de mí al conocer a Elena.

“La vida es muy corta y más en este país”, solía decir cuando ya éramos más grandes, a modo de explicación para sus insensateces que, por lo general, lo dejaban en ridículo, cuando había más personas presentes, pero siempre decía, mientras regresaba a su casa, que él había sido quien mejor se la había pasado. En ese entonces yo lo tomaba como una manera torpe de darse ánimos. Pero quizá era verdad, eso explicaría por qué, si comparásemos sus recuerdos actuales con los míos, los de él serían siempre más alegres.

Gabriel, ahora, no es más que el recuerdo de una infancia y una adolescencia ya lejanas, pero fueron, junto con Alejandra, las primeras personas de mi edad que conocí en ese lugar y que, como un faro, me mostraron, sin darse cuenta, un camino entre las tinieblas de una mente incapaz de reaccionar ante el mundo o de enfrentarse a él. Fueron mis amigos, pese a que nunca nos pudimos llamar así, por un motivo que solo puedo tachar de supersticioso.

Mientras las gotas de la ropa mojada se resbalaban hasta el suelo, pensaba que, de contar con la amistad de ellos en esos momentos, el extraño sentimiento cálido que sentía al haber conocido a Elena habría sido completo.

Desde el comienzo le habría comentado mis dudas a Gabriel: ¿acercarme o no a Elena?, ¿Qué debería decirle? Él no habría preguntado por qué quería acercarme; consideraba a los porqués como aspectos insignificantes de la vida o porque me conocía tan bien y sabía que no tenía una respuesta. Si él hubiese regresado al menos para vacaciones habríamos podido reunirnos y en medio de todo le hablaría, con disimulo, de Elena, para intentar tantear lo que él pensaría de ella y

así intuir la opinión de los demás. Él podría hablarme de Alejandra: me contaría cómo, a pesar de haber huido a la mínima oportunidad de ese lugar, no había encontrado otra chica igual y todas esas cursilerías que, en los últimos años, habían reemplazado sus temeridades, dejándolas reducidas a carreras en motocicleta los fines de semana. Yo me reiría un poco de él, y antes de despedirnos, le diría que a Alejandra le gustaban los hombres altos, y ante su mirada ilusionada evitaría decirle que, aunque se creyera lo suficientemente alto, para alcanzarla le faltarían por lo menos cinco o diez centímetros.

No obstante, de una manera que no hubiese podido explicar con palabras, año tras año, había empezado a aborrecer de a pocos las visitas a ese lugar. Año tras año, el contacto innecesario de la gente y sus voces estridentes se hacían cada vez más aterradoras. De no haber sido porque tenía amigos ahí, como siempre me lo recordaba mi madre para animarme, no habría vuelto, pero también había empezado a sospechar que, cuando ya no fuese necesaria mi presencia, tampoco los echaría de menos, pues ellos habían pasado a ser lo único que me unía a ese lugar.

Tardaría años en notar la influencia de nuestro padre sobre cada pensamiento de la familia. Con una sutileza escalofriante, podía llegar a convencernos de las más absurdas de sus teorías. Fue tan doloroso notar cómo, a pesar de que la mecedora donde se recostaba por hora y media antes de la cena estaba vacía, él seguía presente, incluso en nuestros comportamientos.

Desde un punto de mi juventud, incapaz de notar cómo él inyectaba sus prejuicios en nosotros, preferí culpar al pueblo. La sombra que opacaba mi felicidad, convirtiéndola en un sentimiento amortiguado, tal vez la proyectaba las calles empedradas y las edificaciones de adobe.

///

Oculto entre montañas, los ajenos al pueblo solo se interesarían en su existencia por la vehemente presencia religiosa que seguía rigiendo al pueblo desde su fundación hace más de un siglo. A pesar de ello, no había esperado que la visita de Elena, como la de las romerías que afluían cada año, estuviese relacionada con ese tipo de creencias. Hace algunas semanas, para reemplazar una de las capillas más desgastadas, había iniciado la construcción de una nueva iglesia, más grande y más ostentosa, y a Elena, como ella misma me lo comentó esa noche, mientras las ropas casi secas se balanceaban en una ráfaga cálida como lo había sido esa mañana, le preocupaba si en los cimientos sacros que hombres sudorosos habían forjado ya estaría *Dios*. Levanté los ojos cansados hacía ella: al verla, como siempre, un nuevo tipo de cariño se vertía en mi corazón, quizá por la paz que era capaz de transmitir. Advertí, con esa nostalgia dolorosa producida por el apego hacia alguien más, cómo, sin importar mis esfuerzos, esas singulares reuniones no iban a durar para siempre, y ni ella ni yo llegaríamos a tiempo para evitar el quiebre de la otra; llevaba perdiendo a Elena desde mucho antes de conocerla.

Si el tiempo nos iba a llevar, era mejor sonreír. En el intento, una mueca de dolor se formó en su lugar. Intentando cubrirla con la mano, moví la cabeza de arriba abajo, aunque en el fondo tuviese la certeza de que Dios no estaba ni en la iglesia ni en ningún otro lugar, de lo contrario todas esas noches llenas de terror y desespero habría bajado a abrazarme al menos, pero en su lugar era ella la única que había venido, permitiéndome estar a su lado.

Sin poder explicar ni encajar aquel sentimiento tan extraño, tan doloroso y cálido golpeando el suelo, comprendí por qué a Elena le recordaba a la lavandera aquella melodía que parecía fluir como gotas cayendo al suelo desde la ropa mojada, desde un rostro estrujado.

///

Pas de Deux

No seguí pidiéndole a Elena más fragmentos de su vida por su veracidad, sino por su mirada cuando hablaba de ese pasado suyo que sí merecía la pena ser recordado.

Podía sentir algo cálido vertiéndose en mi corazón cuando, hasta cuatro veces en una misma semana – pues parecía olvidar que ya me había contado esa historia –, Elena recordaba al dueño original de su violín, un hombre ya mayor, de voz monótona, que ponía mal los acentos de las palabras. Según ella, él la había encontrado mientras pescaba en las orillas de un río. Este se había formado en una sola noche de lluvia y se había estancado en el tiempo, cuando el reloj, que Elena seguía llevando cuando la conocí, se estampó en una piedra dejando por siempre unas grietas que reemplazaban las manecillas.

Dependiendo el día, Elena ponía más énfasis en el hecho de que aquel hombre la había salvado, halándola con fuerza para liberarla de algo que nunca mencionó, pero al repetir la historia, sin falta, hacía hincapié en la calma del hombre al aceptar sin mayor enfado a Elena, pese a haber sido una boca más que alimentar.

///

Si algo no había superado de mi infancia, era el miedo provocado por la enorme señora, para mí infortunio, dueña de la única tienda en donde había todo lo que uno pudiera imaginar. O al menos todo lo necesario para lugar tan pequeño. Tampoco había dejado de hacerme gracia la extraña pareja que hacía con su marido: un hombre enjuto y menudo.

La noche anterior había estado dormitando hasta que diese la hora de mi reunión diaria con Elena. Faltando cuarto para la una, me levanté sobresaltada al oír de repente la violencia con la que empezó el recital de esa noche.

Apurada por la urgencia de Elena al tocar *La Campanella*, casi corrí por los pasillos a oscuras, chocándome con las puertas hasta alcanzar el patio interior que se debía atravesar para ir a la azotea. Esa noche, el trato silencioso de esperar mi llegada para empezar, se había roto, pero, contagiada por esa ferocidad con la que Elena tocaba, le resté importancia a esa puerilidad.

El polvillo que desprendía el arco sobre las cuerdas quedaba flotando alrededor del violín, iluminado por la media luna, que se asomaba con el mismo tipo de sobrecogimiento con el que yo observaba a Elena, sin atreverme a ascender del todo a la azotea.

Al terminar la canción, hasta las partículas de resina se quedaron estáticas. Elena bajó el arco por un segundo, solo para volver a llevarlo con más fuerza, de nuevo, a las cuerdas, repitiendo desde el comienzo la canción.

Hace algunos días, en un arrebato de confianza, le había pedido que repitiera la pieza de esa noche, pues no podía adivinar a quién, según Elena, sonaba. Entonces ella, ignorando, intencionalmente o no, mi petición, empezó a hablar de cómo alguien que había conocido también tenía esa costumbre de repetir una y otra vez las canciones hasta saciar por completo la sed que la misma música causa y remedia a la vez.

Al verla repetir *La Campanella* por tercera vez, me pregunté qué era lo que Elena aún no encontraba en esa canción, mientras en mi mente las imágenes que traía aquella melodía se volvían cada vez más confusas.

De no haber sido porque, una tras otra, las cuerdas empezaron a ceder al desgaste natural con un ruido sordo que quedó resonando en la noche, sospechaba que aquel bucle se habría extendido por la eternidad.

Sintiendo que, de algún modo, aquella petición descuidada había provocado de manera indirecta aquel torbellino sin fin, me ofrecí a conseguir al día siguiente los reemplazos para las cuerdas. Confundida, accedió sin decir palabra, mientras aflojaba las clavijas para sacar las reventadas cuerdas, que quién sabe cuánto tiempo habían acompañado a su violín.

Ya en la tienda, como respuesta a mi saludo recibí algo parecido a un gruñido que preferí tomar como un síntoma de las tempranas horas de la mañana, que hacía que la voz de las personas sonara más ronca por el desuso, y no como una clara señal de amenaza. Armándome de valor pedí

repuestos de cuerdas para violín, intentando sonar natural. La mujer, cuyo nombre había sido reemplazado por un cruel sobrenombre quizá desde que nació, me miró con sus pequeños y rasgados ojos que, me atrevería a asegurar, cargaban con todo el desprecio y la desconfianza del mundo. Tras rodar un poco de lado y lado para despegarse de la silla, se levantó con lentitud y desapareció con pasos lentos por un oscuro pasillo sin proferir palabra.

Sin saber qué hacer, parada en medio de la tienda, que ahora más que nunca parecía enorme y cuya salida parecía ridículamente lejana, toqué mis pulgares para calmar mi tensión. Momentos después, la mujer salió seguida de su marido. El hombrecillo me saludó con afabilidad, mientras ella mantenía clavada su mirada en mí. Más tranquila, ahora en presencia del hombre que enseguida había empezado a buscar entre cajas que llevaba cerradas años, a juzgar por su apariencia, me pregunté si el polvo no afectaría al estado de las cuerdas, en caso de que éstas se encontraran ahí.

Pasado un tiempo, notando los ojos de la mujer sobre mí, volvimos a sostenernos la mirada; ella queriendo leer mis pensamientos y yo los suyos, mientras el ruido de cajas que se arrastraban y se abrían una tras otra, acompañaba nuestro duelo silencioso. Había seguido tocando las puntas de mis dedos: la mujer miró con desconfianza este gesto que detuve de inmediato, sin soltar su mirada. A juzgar por su rostro, parecía encontrar todo de mí sospechoso. Como si fuese muy extraño pedir cuerdas. “De seguro ha llegado gente pidiendo cosas más extrañas, sobre todo en fiestas”, pensé. O tal vez su desconfianza ocultaba su temor hacia lo desconocido, eso explicaría la presencia del marido, quien, de algún modo, mientras buscaba las cuerdas, parecía hacer de intérprete entre las dos. No obstante, no dejaba de encontrar mi petición bastante normal, pero ella seguía observándome sin tregua, mientras parecía decirme que, sea lo que sea que estuviese buscando,

llegaría a oídos de mi familia. No en el mismo sentido que estaría pensando la mujer, esto no dejó de preocuparme. ¿Qué excusa daría?, “¿cuerdas para qué violín?”, se preguntarían y si seguían halando hilos llegarían a Elena y... ¿qué pasaría?, ¿qué harían? En teoría no estaba haciendo nada malo, de hecho, en una lista de todas las cosas malas que pueden hacer las personas, esa ni siquiera entraría. No debería preocuparme, aun así, algo no encajaba, y como siempre era Elena.

Ella no encajaba. No encajaba en mi mundo de día, el mismo de mi familia y de todos. Con su cabello que parecía decir que el viento iba en distintas direcciones, su figura extraña y sus manos de Paganini... no podía imaginarla entrando en mi casa al igual que lo habían hecho mis compañeras de colegio en mi época de estudiante. Y era triste pensar en ello, porque de todos los que habían entrado en mi casa, ella habría sido la única en la que mi familia debería haber confiado.

Me recordaba en cierto modo a aquel familiar que nunca supe con seguridad qué parentesco compartíamos, y del que nunca hubiese sabido nada, de no haber sido por su repentina visita, hace algunos años.

Era muy pequeña, al parecer, para poder estar en aquella reunión incómoda, llena de susurros que se interrumpían a veces por bruscas palabras incomprensibles. Apenas si pude verlo, por lo que ahora solo guardo una memoria desdibujada, casi desteñida, como una foto suya de antaño: facciones duras, ojos claros y opacos que, como noté un día al verme en el espejo, también eran los míos. Lo que sí recuerdo era su voz: grave y envolvente, firme y cálida; no como las que hasta entonces había escuchado.

///

Incluso a mis oídos habían llegado los rumores del terrible esperpento que había hecho un escultor que, hasta ese momento, había conservado una fama de artista respetable, al menos en el pueblo y en algunos otros lugares que, a pesar de contarse con una mano, eran, a mi parecer, un reconocimiento menor del que se merecía.

Aumentaba el enfado general, el sinnúmero de dificultades que había conllevado conseguir los materiales para la realización del que, se esperaba, sería un monumento digno de presentar en la primera misa de la iglesia nueva.

En principio, me pregunté si, en caso de ser verdad que la obra era inaceptable, más allá de las distintas perspectivas desde las que se pudiese observar, qué habría provocado un cambio tan brusco en el estilo de un artista que, yo podía dar fe, era impresionante: en esa misma casa descolorida había uno de sus retratos y había sido, además, ese mismo rostro, dotado de realismo y emotividad, el que me había impulsado a seguir un camino para alcanzar a una persona que solo había sido una firma.

Hace algunos años, cuando mi adolescencia aún no se presentaba del todo, encontré en uno de los corredores que conducían a la sala principal esa pintura. La mirada que me devolvía la mujer retratada, removía en mí algo que no llegaba a comprender. Después de días pasando una y otra vez por el corredor, una tarde, mientras las cigarras sonaban con fuerza, tomé al fin una libreta abandonada: los trazos inseguros pero urgidos no se hicieron esperar; deseaba encontrar en mí la

misma destreza con la que aquel que firmaba como *P. R.*, mostraba aquellos sentimientos que parecían haber brotado con brío.

Al preguntarle a mi madre por la identidad de aquel pintor, tras haber resuelto mi nuevo camino como su desconocida pupila, solo había dicho que, de hecho, era alguien del pueblo, pero que hace años vivía en otro lugar; sin embargo, meses antes de mi regreso, él también había vuelto, solo para realizar aquel encargo de algún amigo suyo que, a su vez, era buen amigo del cura, según decían aquellos primos en tercer o cuarto grado en sus visitas obligadas.

Después de la presentación de la obra de *P.R.*, Elena, quien estuvo presente, tituló la canción a la que él sonaba como *Las sombras que caen en la punta de los dedos*. Al escucharla, mientras miraba el título de la partitura en letras esmeradas que me recordaron a las iniciales con las que *P.R.* firmaba sus obras, me sorprendió: lo había imaginado con un espíritu más voraz. Con el violín de Elena sonaba incluso más suave, como una canción de cuna, a excepción de la parte final donde, en efecto, podía reconocer un poco de lo que había creído siempre era el misterioso artista. Una vez más, Elena me estaba mostrando una imagen nueva del mundo, una perspectiva que para mí había pasado desapercibida.

///

Abandonados, esperábamos.

Descartando un mero descuido, creí evidente que a Elena la había motivado su confianza en mí para dejar a su violín en la misma banca de la iglesia vieja. Las imágenes agrietadas, ensangrentadas de mártires parecían asustar, aun siendo un día brillante, hasta a los más devotos.

Después de salir de la tienda, había seguido a Elena hasta la iglesia.

Me acerqué a ella sintiendo resonar mis pasos en los mutilados pies de los santos. Giró el rostro y, al reconocerme, me sonrió, haciéndome espacio a su lado. Sin saber cómo empezar una conversación, me senté sin hacer ningún gesto en la misma banca marcada con iniciales y signos tallados con tosquedad. Viendo su imagen arrodillada junto al violín, acompañada de ese silencio extraño que aún no había perdido la abandonada capilla, quise retomar la *charla divina*, pero habían pasado muchos años desde la última vez. Tras unos segundos de inútiles esfuerzos por encontrar una especie de iluminación espiritual, centré mi atención en el sobre de las cuerdas, notando con un nudo en el estómago cómo, sobre él, con grandes y claras letras, se leía *Nylon Guitar Strings*. Levanté la mirada hacia Elena: me había estado observando. Ella, contrario a lo que habría creído normal en ese caso, solo hizo un movimiento poco claro con la cabeza, y, tras sonreír un poco a mí, un poco al vacío, salió de la iglesia, en busca, imaginé, de las verdaderas cuerdas de violín.

Luego de atribuirle la responsabilidad de aquel error al vendedor, lavando así mis culpas, observé al estuche que, como una ofrenda, reposaba a unos centímetros de mí. Con fingido descuido acerqué los dedos al estuche, a sabiendas de que aquel gesto no sería suficiente para saciar la curiosidad intensificada por el hastío de la espera. Rindiéndome, al final, a un impulso tan impropio, descerré el cierre que lo guardaba. Si lo pensaba mejor, ¿qué podría hacer yo si me atrevía a sacarlo del estuche?, ¿imitaría la postura de Elena?, ¿intentaría tocar una canción? Tal vez pasaba algo maravilloso y resultaba ser un prodigo de la música que, en su primera vez con un violín, lograba tocar *Czardas* de Monti.

Animada por el hecho de que nunca iba a estar tan cerca del violín – o de Elena incluso – con solemnidad, terminé de abrir el estuche.

La belleza de aquel instrumento de aspecto avejentado me impactaba. Después de retorcer mis manos con una angustia que no entendía, decidí tomarlo para sentirlo por unos instantes. Con mucho cuidado, desabroché la cuerda que lo ataba al estuche y lo liberé: era liviano, más de lo que esperaba. Cuando estuvo en mi regazo, sentí lo que a Elena tal vez la había impulsado a tocar. Casi no quería que ella volviera, al menos no tan pronto.

Había estado investigando un poco el mecanismo del violín: lo único que tenía chance de entender, para poder hablar con Elena cuando se quedaba en silencio, viendo como la noche avanzaba.

Con un aire de importancia típico de personas que creen saberlo todo, o al menos más que los demás, analicé al instrumento: las clavijas, el puente, las cuerdas, las efes, y lo que dejaban entrever

las mismas. Fue entonces cuando noté que una pieza faltaba. Pero Elena, cuya presencia no había notado de vuelta, como un relámpago, con un tipo de calma que guardaba una fuerza inusual en ella, me separó del pequeño instrumento, arrancándole un quejido que resonó en la iglesia.

Nos quedamos viendo, asustadas de todo. Estábamos conteniendo el aliento, y en un nuestro aliento, al parecer, residía el tiempo.

—Le falta algo— dije, en un intento torpe de romper la tensión, con una voz que me salió demasiado alta, demasiado extraña, al igual que las cuerdas, cuando Elena las afinaba y que, por algún motivo, tal vez por el calor del pueblo, se había salido demasiado de su tono a lo largo del día.

“No le falta nada” respondió con cierta brusquedad.

Por un repentino impulso de adrenalina, volví a hablar, ahora con la voz más clara, aunque más dubitativa:

—he visto...—empecé, pero ella me fulminó con una mirada terrible bastante conocida, y que nunca pensé que Elena también usaría o supiese componer al menos. Entonces la odié. La odié por hacerme sentir tan mal, tan torpe, tan entrometida... “No hice nada malo”, me dije para justificarme. Ella, si hubiese tenido la oportunidad, también habría husmeado entre mis cuadernos o mis lápices, ¿verdad? No tenía nada de extraño. Pero en el fondo sabía que no había comparación entre un instrumento tan delicado y tan valioso y unos cuadernos llenos de garabatos que solo yo

entendía. Ante eso, la molestia en mi corazón se acrecentó. Pero, ¿qué podía hacer?, ¿pedirle perdón? ¿Cómo? Nunca lo había hecho y nunca nadie se había disculpado conmigo tampoco. Lo único que podía hacer era terminar con la frase y salir de ahí en cuanto pudiese:

—He visto que a veces se ponen algo aquí— dije, señalando mi lateral izquierdo del cuello, bajando por mi clavícula —pero tú no te pones nada— finalicé, como un perro regañado mientras miraba al suelo.

Ante el silencio de Elena, levanté la mirada y vi cómo volvía a sonreír. Como en una encrucijada, no supe si era alivio, confusión o ira lo que debía predominar en mi mente. Seguí observándola, esperando aclarar el camino idóneo.

“No necesito eso”, dijo, mientras volvía a reconocer a la misma Elena de siempre.

Quise sentirme mejor, pero la verdad sí había notado que algo le faltaba al violín.

Algo que incluso yo sabía que era importante, pero no había querido aumentar la tensión de manera innecesaria.

Ese día, entonces, descubrí que el violín era de Elena

un violín sin alma

///

No insistí más en el tema. Yo no quería perder a Elena, pero entre más se prohíbe algo más lo deseamos. Sin importar cuán bien manejara mis impulsos, ante todo seguía siendo humana. Por eso había conocido a Elena, para empezar.

No podía recordar su mirada sin que una sensación incómoda se posara en mi espalda y mis articulaciones; lo mismo ocurría al mirar debajo de nosotras en la azotea, pero ahora estaba lidiando sola con ese temor. Y era insopportable.

Debía ignorarlo. No podía perder a Elena. Pero ella se sentía cada vez más lejana. Para traerla de vuelta, intenté indagar en ella. Obligarla a confesarse ante mí, para llenar así los vacíos que me habían obligado a buscarla. Si lo hubiese pensado con calma, habría descubierto en ello una solución inmediata e ineficiente. Pero quería negarme a la certeza de que ya no bastaba ni siquiera saber que Elena tenía

Un reloj sin manecillas

cuyo tiempo era marcado por unas grietas profundas en el cristal.

///

Quizá uno de los momentos más tristes en la vida de una persona es reconocer que aquellos en quienes hemos depositado nuestra confianza pueden errar como un ser humano corriente. Resulta tan difícil perdonar sus fallas, sin importar cuán pequeñas sean, pues, recordando el apego primario hacia nuestros cuidadores, por ejemplo, no concebimos que con sus actos puedan herirnos.

Si el violín tenía o no alma, no dejaba de interesarme más que por la actitud recelosa de Elena cuando me encontró con aquel objeto. Ahora entendía cuán valioso era y eso incrementaba mi malestar: todo era más importante que yo.

Hasta hace algunos años había esperado que alguien pudiese entender mi silencio. En él no se ocultaba un desprecio hacia los demás, sino el rastro de un sentimiento tan doloroso que yo sola no podía enfrentar, ni explicar. Más tarde conocería otro tipo de silencio, capaz de romper todos los lazos, un silencio lleno de risas y felicidad, ¿o era al contrario? ¿Risas y felicidad llenas de silencio? Después vino un abandono sin tregua: uno tras otro fui perdiendo a todos aquellos que me rodeaban y a su compañía vacía, usada para menguar mi desazón diaria.

Con espanto, iba advirtiendo que yo también me estaba yendo con mis esfuerzos por alcanzarlos. Sin embargo, un orgullo tonto me impedía aceptar que ya no estaba, pues de manera indirecta había accedido a ver, desde un punto indeterminado del espacio, el absurdo transcurso de mi existencia.

Mi corazón nunca acompañó en su danza cadenciosa al tiempo. Estática como la azotea, era testigo de su paso, esperando y temiendo mi turno para ver de frente a las bestias. Aún sin verlas estaban ahí, en aquella parte que Elena intentó mostrarme sin éxito en su violín, y que a ella le había dolido tanto como para querer arrancársela a sí misma.

Fue en esas tardes de compañías insípidas iniciadas desde mi infancia, cuando, con una calma que guardaba algo de tétrico, se empezó a dar el distanciamiento. Pese al miedo, una parte de mí, como si hablara desde un cuarto lejano y encerrado con llave, se atrevía a negarse a recibir ese tipo de amor con condiciones, que se iba y volvía con brusquedad. Mientras la otra parte, la que sí podía salir, luchaba por ese cariño, perdiendo tanto de mí, mientras buscaba ese perfecto yo, digno de recibir lo que vine a conocer con la canción de Elena para *P.R.*

Quienes aseguraban conocerme mejor, coincidían en que mi mirada no cambiaba. Decían, sin reparos, que hubiesen querido verme emocionada por algo, ver algún brillo acompañando mis ojos. Entonces no entendía o me negaba a entender lo que pasaba, por qué había nacido de esa manera, por qué no podía sentir, por qué no era igual al resto.

Recuerdo las peticiones de esos familiares más osados para que sonriera, aunque sea un poquito, porque tenía una sonrisa muy bonita, decían. Pero cómo lo iban a saber si a duras penas sabían mi nombre y si acaso conocían mi voz.

“*Cállese*”, fue entonces el primer temblor que sacudió mi ser.

Cállese, señor. Solo cállese y déjeme en paz.

Aun así, sonreía, humillándome, anulándome, convirtiéndome en la ramera de las sonrisas que complace a hombres desagradables a cambio de un poco de interés.

Siempre que debía hacerlo, sonreí; no quería estar sola. No quería ser dejada de lado.

No quiero estar sola.

No me gustaba estar sola y no quería aceptarlo. Y, a pesar de resultar tan doloroso ir siempre tras alguien, buscando su compañía obligada, resultaba más doloroso aún, quedarme atrás, a la espera de que alguien oyera el tamborileo moribundo que hacía mi corazón.

Tenía dos caminos: quedarme encerrada en la enorme casa avejentada, sucumbiendo a su silencio que reproducía carcajadas estridentes guardadas en las telarañas empolvadas, o, una vez más, obligar a Elena a aceptar mi presencia, tratando de arrastrarla fuera de ese lugar que la mantenía lejana a mí y que pude vislumbrar de manera tenue en la mirada enloquecida y furibunda cuando toqué su violín.

Una vez más sonreí, empujando de vuelta aquella maraña de sentimientos no resueltos.

Después de pasar días viéndome en silencio como nunca antes lo había hecho, Elena, confundiendo mi repentino entusiasmo, insistió en mostrarme cada parte del violín, incluido el alma. Como era

de esperar, nunca pude verle, sin importar que imitara su postura para ver entre las efes al pequeño artefacto.

Detrás del puente del violín, ella decía que le miraba, que estaba ahí. Nunca lo miré: entrecerraba los ojos, cerraba uno, cerraba el otro... sin importar qué hiciera no había alma. Pero, si Elena decía que había, así debía ser. De no ser verdad, había encontrado una manera de apañárselas sin ella y solo intentaba confundirme, valiéndose de mi ignorancia. Yo solo la dejaba hablar: desde que Elena había tomado esa postura de falso entusiasmo, sentía cómo poco a poco el color de los últimos meses se empezaba a escapar.

No había sido la primera vez en la que la impotencia de no haber llegado en el instante adecuado me aprisionaba en el pecho. De nuevo tenía lo que quería cuando ya era tarde, cuando ya no podía sentir nada más que ese dolor amortiguado, palpitante.

Mi nacimiento había sido esperando con especiales ansias por mi padre: iba a ser su primera hija mujer. Durante gran parte de mi infancia, con algo de incomodidad de mi parte, me llevé su atención, cariño y protección. El problema vino cuando empecé a separarme de la costra que me mantenía unida a él. Por supuesto, no soportó las señales de que, aunque lo intentara, no iba a seguir el camino que me había labrado. Mi madre, amable, por lo general, fue el único apoyo que me quedó cuando papá, en medio de su desencanto, desmeritaba todo lo que yo era, pues no tenía nada de él; todo lo malo había venido de la familia de mamá. Incluso por épocas, a modo de castigo, no me hablaba directamente, siempre usaba intermediarios: “*¿Qué* es que quiere?”, le decía a mi hermano o a quien estuviera cerca, señalándome con la cabeza sin verme, cuando yo murmuraba

que necesitaba algo para el colegio. Desde entonces, si lo veo en retrospectiva, creo que empecé a evitar ver dentro de mí pues adentro estaría aquello que me valió ser el foco de ese desprecio.

La noche después del incidente con el violín, un sudor frío había reflejado en las palmas de mis manos la luz fría de un bombillo. No quería quedarme sola ahí.

No quise creer que Elena estuviese esperándome. Solo fuimos a la azotea por una razón que se escapaba a mi entendimiento – y acaso al de ella también –. Habíamos ido ahí, porque estábamos buscando y escapando al mismo tiempo de algo que no estaba ni en ese momento ni en ese lugar, pero seguíamos ahí con la terquedad de una cigarra que sale de su encierro, a sabiendas de que afuera solo encontrará un destino mortal, después de un día de vida.

Y yo seguiría buscando como ahora, porque Elena había sido la única que, a pesar de mi presencia impuesta, siguió sonriendo, con sinceridad y con amabilidad, como si no le incomodara tenerme ahí.

Al verla sentada en ese lugar, fui consciente por primera vez en mucho tiempo, de que no estaba tan vacía: había algo que, a pesar de doler, quería atesorar. Algo cálido que recorría mi mejilla, anteponiéndose a la marcha fúnebre que desde hacía años componían mis lágrimas cada noche sobre las baldosas escarlatas.

Pero, tanto Elena como yo, notamos cómo otra vez la fría sombra empezaba a acechar. Octubre se acercaba.

///

Nunca conocí el verdadero nombre de *P.R.*, ni la escultura que le costó la poca fama conseguida en las zonas aledañas, pero que, en cambio, le había dado un reconocimiento mayor al ser comprada por un extranjero, cuya nacionalidad, entre otros datos, no se expandieron con la misma velocidad que los comentarios desagradables del párroco. Con certeza solo supe de él, que sostenía los vasos a rebosar de avena con la misma actitud con la que un hombre de su apariencia debería sostener, por ejemplo, una jarra de cerveza.

Había un lugar que desde pequeña me había gustado visitar en vacaciones: la heladería en donde se podía encontrar cualquier tipo de aperitivos, menos helados. Recuerdo cómo, con ocho años, intenté sobrellevar la decepción de no poder comer helado, distrayéndome con los colores claros y el aspecto amable que ofrecía la famosa heladería.

Una mañana de esa temporada con Elena, con el sol sin querer ocultarse, comenzó una lluvia escasa pero incómoda. Mientras volvía a casa, decidí entrar en el local hasta que escampara. Un olor a canela me recibió mientras la vendedora me saludaba.

Extrañada me fijé en el único cliente: bebía a sorbos, con cierta brusquedad, de un gran vaso de color plateado. Incluso si el local hubiese estado abarrotado de clientes, adivinaba que aquel hombre, que no mucho más tarde descubriría era *P.R.*, sería fácilmente reconocible entre la clientela habitual de una heladería.

Momentos después, cuando la lluvia parecía alcanzar su punto álgido, llegó, con una niña en brazos, una mujer. Al igual que *P.R* llamaría bastante la atención en cualquier lugar al que fuera; ella lo haría por su estatura alta y su figura esbelta. El pintor se levantó con esfuerzo, aunque con ansias por ir al encuentro de la mujer, quien, al menos junto a la niña, intentaba mantenerse animada.

Afuera seguía lloviendo cuando *P.R* conoció a su única nieta. La niña, al parecer, había estado pidiendo desde hace días, cuando el fracaso del artista era el tema predilecto en el pueblo, conocer a su abuelo pues, amigas de su madre le habían hablado de él. Con palabras amables, la madre trataba de explicarle a su hija que esa sería la última vez que lo vería: él – dijo, sin poder evitar un tono amargo – debía ir a hacer cuadros de mujeres en otros lugares. No sabía cómo explicar el abandono que ella misma había sufrido. Ignorando a la madre, la niña había empezado un monólogo dirigido a su abuelo. Entre la lluvia, cada vez más tupida, y las palabras a medias aprendidas, solo se podía entender que ella también dibujaba mujeres y que le gustaría ver los dibujos del abuelo.

///

Como el sonido del lápiz rasgado el papel había reemplazado la música de Elena, pronto mis lápices se acabaron, quedándome como única solución visitar, una vez más, la juguetería en donde no había juguetes, pero sí lápices 2B. Para mi fortuna, la enorme mujer no se encontraba, en cambio *P.R.* estaba charlando con el hombrecillo. A pesar de llegar en mitad de la conversación, pude adivinar que estaban hablando de Elena: el pintor preguntaba, intentando parecer desinteresado, si era muy buena tocando el violín. Supuse que el vendedor habría confesado conocerla y, a juzgar por la seguridad y cercanía al hablar de ella, la conocía hace mucho. Él dijo que tocaba bien, pero que era tonta: “yo le daba otro violín, pero ella cogió el peor”.

El hombrecillo, emulando, tal vez, a un personaje olvidado en el catálogo de sus egos, parecía disfrutar de esa charla informal en la que ya no estaba interesado en vender algo. Terminé por acercarme al mostrador que separaba al pintor del vendedor, mientras el último me saludaba, volviendo por un instante a su papel cotidiano.

Le pedí lápices, confundida por la repentina información. Mientras el hombre se agachaba para alcanzar una caja llena de lápices de distintas marcas, *P.R.* quiso saber qué tenía de malo el violín elegido por Elena. Después de levantarse con esfuerzo, mientras me acercaba la caja, dijo:

—No es que tenga algo malo, es que no tiene nada bueno, no ve que es de china, de esos que los hacen unas máquinas— explicó —en cambio el otro lo hizo gente que sabe... ahí lo tengo

todavía— finalizó, señalando con un movimiento seco de cabeza algún lugar indeterminado de la tienda, sin dejar de ver al hombre.

///

Durante un día que, hasta bien avanzada la tarde seguía conservando la lluvia de la noche anterior, decidí ocuparme de mi motivo de mi visita al pueblo: buscar mis pertenencias restantes en ese lugar. Claro está, solo era una excusa; sabía de antemano que no había nada con un valor real – para los demás – en esa casa, al contrario, había cosas más importantes: dibujos que de manera muy lejana aún guardaban una similitud con mis trazos actuales, lo suficiente para que yo los reconociera, simples adornos para el cabello, pulseras y demás ornamentos sacados de una época muy lejana; para los tiempos que corrían resultaban chillones. Había también algunos artilugios, a medias míos, a medias de mis hermanos, como aparatos electrónicos que, en nuestra infancia, de seguro, resultaban novedosos. Por el desgaste, apenas si encendían solo para apagarse pasados unos segundos, haciendo ruidos extraños y emitiendo luces intermitentes.

Evité ver, sin éxito, una de las tantas novenas que mi madre había forrado con terciopelo hace más de una década. La única que había sobrevivido era la de la patrona del pueblo; estaba casi nueva pues mi madre nunca le tuvo mucha fe, aunque siempre sospeché que el miedo era el mayor impedimento para pedirle algún favor: se decía que desde el momento en el que se iniciaba la novela hasta el día de la muerte se debía ser fiel a ella, de lo contrario quién sabe qué desgracias podrían ocurrir. Solo la vi tomarla una vez, justo después de una de mis peleas con mi padre. Sentada en el borde de su cama, anhelando una palabra de aliento, vi cómo tomó el librito y con gesto concentrado y dolido empezó a murmurar la oración para todos los días. Mi pobre madre, durante toda su vida, esperó que con sus rezos el carácter de mi padre se aplacara y, como última esperanza, rogó para que el mío se amoldará al de él. ¿Cómo podría haberle dicho que el sonido de

las cuentas de su rosario, bendito por el mismo padre que casi maldijo a *P.R.*, pasando entre sus dedos, se me hacía insopportable? Habría sido tan cruel de mi parte negarle ese único alivio a un ser tan frágil cuyo único pecado fue no encontrar una manera real de hacer el bien.

Dejé la novena a un lado y me concentré en una de mis libretas. Mis dibujos realizados en vacaciones estaban llenos de intentos de retratos de Gabriel y Alejandra. En un principio, al descubrir mis garabatos, ambos insistieron en que los dibujara. El primer borrador – un Gabriel de ojos dispares y cabeza desproporcionada – había resultado tan penoso que ni siquiera estaba en la libreta: recordaba el instante exacto cuando lo había arrancado con frustración, mientras me prometía no volver a intentarlo, pero incluso después de terminadas las vacaciones, continuaba buscándolos. En cada trazo intentaba encontrar la esencia de ambos. Mi objetivo era sentirlos por medio de mis retratos: ver en la mirada de Gabriel el terror a las alturas y los insectos grandes; y en Alejandra el deseo, que había terminado por unirnos, de recorrer el mundo, de conocer más de lo que cualquier otro hubiese visto.

Fue entonces, rebuscando en los cajones, cuando encontré el cuadro de *P.R.* Alguien, antes de que la casa se quedará en silencio, posiblemente lo descolgó para protegerlo del polvo que, en efecto, había terminado por cubrir el resto de la casa.

Apenas lo recordaba como un rostro borroso de una mujer de cabello largo y ondulado de mirada profunda.

Puede ser que, por esa mirada firme y fija en algo, no noté la similitud que guardaba con Elena.

Una Elena más joven. Que no sonreía y que parecía guardar un cúmulo de sentimientos confusos.

Era una Elena diferente, que tal vez no se llamaba Elena.

En su momento, esa mirada me había fascinado de una manera enigmática, ahora casi me espantaba.

No quería conocer a esa persona que estaba guardada por la eternidad en grafito.

Con la cabeza reposando en una mano de dedos largos y delgados, su gesto cobraba cierto aire de amargura que volví a encerrar en periódicos antiguos.

///

Octubre se estaba acercando y una repentina tormenta terminó por incomunicar una parte del pueblo.

Temí por Elena: que tuviese frío por las noches, pues las cálidas brisas de verano habían sido reemplazadas por toscas y cortantes ráfagas heladas. Temía que se asustara de los relámpagos, como se había asustado por los fuegos artificiales de hace algunas semanas en la conmemoración de la fundación del pueblo. Temía no volver a verla porque, cuando las nubes en el cielo nocturno habían empezado a acechar, Elena, como las hormigas que miraba de pequeña, empezó a tener comportamientos erráticos como si estuviese corriendo a esconderse a su mundo subterráneo, como si todo ese tiempo juntas en la superficie no hubiese sido más que un momento apurado usado para recolectar semillas. Durante las últimas noches se había dedicado a intentar acallar la tormenta aún lejana, conjurando un largo y lento pizzicato de una nota invariable, mientras yo, viéndola como si no estuviera, empezaba también a perderme en un lago oscuro sin poder conjurar pizzicatos, perdida en esa mirada que vigilaba la silueta de la montaña, a la espera de que quedara cubierta con un blanco manto de niebla.

Esa ráfaga fría parecía avisar que el final del verano estaba llegando, alborotando los cabellos de Elena. Supe que su partida estaba cerca.

Ahora que la lluvia le impedía salir de donde estuviera, me perdí, sin remedio, en evocaciones, odiándome por no haber podido sentir en el momento adecuado, cuando ella estaba sentada a mi

lado. Mis recuerdos han sido siempre lo único que puede guardar los sentimientos que el presente me arranca.

Nunca tuve un propósito claro en mi vida, pero, desde entonces, parece buena idea traer a Elena a esa azotea gris en donde, al menos yo, pude estar por una vez en esta absurda existencia. Solo estar.

Lo único cálido que me trajo esa fría ventisca fueron los recuerdos sueltos de años pasados en los cuales, faltando meses para la navidad, hasta yo sucumbía al encanto de villancicos que, hasta ahora, me saben a una época en donde todos parecían más amables.

Una de esas noches heladas en las que, aun Elena estando arriba, habría dudado entre ir o no a su encuentro, un silbido bien entrenado me sobresaltó. Quizá fue la potencia lo que me alteró, o tal vez la mezcla de mitos de otros lugares, claros en mi mente aún, por obra de mi madre, a quien le habían apasionado a tal punto de querer compartirlos conmigo cuando era pequeña, sin importar cuántos temores podría ocasionarme.

La irracionalidad nocturna me obligó a ver al cosechador de almas advirtiendo de su presencia con un largo y oscuro silbido que se perdía entre las montañas, recorriéndolas hasta extinguirse al encontrar su presa. En cambio, al tornarse el silbido en uno largo y angustiante, tenía la certeza de que era el llamado de los espíritus transitando su camino helado, dejando un rastro que se convirtió en un escalofrío que me hizo cerrar los ojos con fuerza.

A pesar del temor, el silbido volvió, firme y resuelto a abrirse paso entre las tinieblas de uno de mis tantos temores no resueltos, obligándome a mirarlo de frente, a recomponer los pasos inseguros que había dado.

Cuando el silbido empezó a extinguirse, supuse que su dueño llegaba al final de la calle o de la noche.

Más tarde, traído por el silbido, soñé con aquel pariente lejano: sin tener rostro, el contacto cálido de su mano sobre mis cabellos, me bastó para que, durante el día siguiente, un anhelo paternal borbotara en mi corazón, a sabiendas de que era una idea romántica e imposible; sin embargo, desde que tengo memoria, fantasías como aquella habían sido las responsables de dar rienda suelta a mis emociones más ocultas. A esa edad, aunque consciente de mis delirios inútiles, me era imposible ya, evitar deleitarme en esa historia paralela y trágica que explicara la ausencia de aquel hombre con quien, en realidad, compartiría cualquier parentesco, menos el de padre e hija: sin remedio, el vínculo que me unía a mi padre, el verdadero, era innegable.

Al caer de nuevo la noche, intenté justificar mis pensamientos, sin obtener una razón que calmara la culpa por aquella añoranza que no debió haber nacido nunca, pese a que mi padre, como sospeché desde temprana edad, en el caso de haber partido yo primero, ni siquiera habría reparado en mi ausencia. Pero no quería pensar en ello; esa seguiría siendo, como hasta entonces, una herida silenciosa, ignorada por ser un signo inequívoco de mi debilidad.

Y entonces, viendo el techo con grietas de rostros amables que desde hace años me habían acompañado, me pregunté de nuevo por qué, noche tras noche, seguía yendo en búsqueda de Elena, por qué si ella y su música no eran más que un recordatorio asfixiante de todo a lo que había rehuido, incapaz de hacerle frente.

Tanto Elena como yo estábamos buscando algo en esas canciones: ella en realidad no solo le estaba dando lugar al enorme repertorio que guardaba en su mente. Buscábamos, pretendiendo comprobar que no había nada, pues solo eran los pesares de otros, no de nosotras. De ese modo, estábamos encontrando en los demás y sus canciones la compañía que nos había sido negada. Un vínculo basado en todos los sentimientos que, sin importar el tiempo o el lugar, eran llevados por la música que nos unía de manera forzosa, como humanos.

Aun así, nunca tocaste mi canción, ni tu canción, porque entonces... ¿sería innegable que, en efecto, había algo?

Tiempo después de tu partida, me planteé la posibilidad de que tuvieses miedo de mí, del presente que me rodeaba, porque si encontrabas eso de lo que huías, no sería fácil esconderse. Pero no era de mí de quien tenías que huir.

A veces, después de sonreír con vaguedad, medio en broma decías mirando tu reloj que los niños tenían que haberse ido a dormir hace media hora, entonces yo me levantaba con lentitud y pesadez y, antes de desaparecer por la escalera improvisada, te decía que los viejos también deberían irse a dormir, y yo casi sentía o presentía, con una pequeña llama en mi pecho, que tú en ese momento

estabas sonriendo al igual que yo. Aun siendo verdadera esa sonrisa, había algo distante en ti, algo que te impedía acercarte por completo a mí. Era como si no estuvieses, como si nunca hubieses estado.

Fue entonces cuando empecé a notar que sabía más cosas de aquel muchacho desconocido, que de ti. Tenía una risa silenciosa que le hacía los ojos aún más pequeños. En aquel silencio malvado encontré otra de las razones por las que, tal vez, merecería la pena conocerlo más allá de mis bocetos.

No sabía ni siquiera su nombre, pese a la información que circula en los lugares pequeños. Claro que era porque yo no quería saberlo: hábilmente había sabido huir de cualquier pista de su identidad o procedencia. Tantos meses habían convertido al que quizás no era más que un ordinario trozo de piedra en un preciado diamante cuyo valor residía en el misterio.

En un principio solo conocía su mirada cruel que no restaba belleza a sus facciones. Parecía un poco extraño, casi tanto como yo sería a los ojos de los demás; eso hizo que aquel interés que despertaba en mí, aumentara.

Después noté su carácter hosco: miraba a todos, excepto a mí, con un desdén que a algunos de los miembros de mi familia les helaba la sangre. Conmigo era bastante amable, al menos me saludaba con una sonrisa que desaparecía cuando alguien más se acercaba. A pesar de esta amabilidad que se suponía debía “aprovechar”, yo nunca le devolvía el saludo ni la sonrisa, a riesgo de parecer maleducada, pero no quería ver más allá, estaba bien con lo que tenía de él; era suficiente. De haber

tomado sus atenciones tendría una nueva faceta de él que no quería conocer. Sonara superficial o no, era su belleza física, la perfección de sus facciones lo único que me interesaba, de otro modo, sin conocerlo siquiera, nunca hubiese mostrado interés en él. Sabía que, desde luego, no era amor, ni siquiera un interés romántico. Solo era alguien a quien no tenía y por ello no podía perder.

De haberlo confesado, nadie entendería por qué no pasaba de la interminable fase en la que los enamorados se observan en silencio como cazadores al acecho. Pero, ¿acaso mi manera no sería una forma más sensata de apreciar al otro? A uno improbable, pero que cobraba vida a mi antojo, aunque prefería no pensarla de esa manera; no dejaba de recordarme a una especie de soplo divino entre semejantes, pues, era cierto que él, antes que ser el retrato, era más el lienzo en blanco en donde había podido verter los ideales que no encontraría en Elena ni en nadie.

Era al pensar en ella, sin embargo, cuando entendía que me alegraba de haberla conocido más allá, sabiendo que sus fantasías, como para mí, también habían hecho las veces de un bálsamo.

Pero, ¿qué tenía Elena de mí? ¿Sabría acaso, en secreto, mi canción? ¿Me habría observado en silencio como hacía con los demás?

Ella no me conocía, y tenía que aceptarlo. De haber visto mi canción, como ella diría, las noches se habrían llenado de silencio otra vez.

Me alivió que fuese la lluvia la que terminaría por separarla de mí, y no la cuenta atrás que siempre fui.

///

Había llegado a creer que debía mi apatía a las relaciones amorosas a Alejandra y sus desafortunadas historias. Al terminar de escucharla, me quedaba la sensación de que quien más le temía al amor era ella era y no yo: parecía elegir caminos que, de antemano sabía, no llevarían a ningún lugar. Era como si solo le entusiasmara la idea de deleitarse escuchando canciones tristes desde la experiencia.

Sin embargo, era impresionante su capacidad para tener las palabras precisas a la hora de brindarle consejos amorosos a Gabriel, sin siquiera sospechar que la mitad de sus penas eran causadas por ella. Al escucharla tenía la certeza de que sus palabras para él, o en ocasiones incluso para mí, era lo que hubiese querido escuchar de nosotros, imposibilitados por completo por nuestras propias razones. A veces, también parecía estar diciéndoselo a sí misma; creía que, si no las decía en voz alta, no tendría la capacidad de entenderlas. Pero, al parecer, algunas emociones a veces ignoran la exactitud de las palabras.

En cuanto a Gabriel, en un principio he de aceptar que sus sentimientos hacia Alejandra me parecían demasiado volubles: a mis ojos solo había sido una manera rápida de acceder al amor, valiéndose de lo que tenía más a la mano. No dejó de parecerme tan frívolo, hasta que noté cómo en cada agosto o diciembre gradualmente, aquel apego torpe, casi obligado, se transformó en un cariño real, ante el cual no podía hacer más que encogerme de hombros y observar su desarrollo.

Ante estas cuestiones, me pregunté si Elena habría experimentado ese tipo de sentimientos, si se acercaría más a Gabriel o a Alejandra. O a mí. Pero podía notar en su mirada algo tan fuerte que nunca encontré en la mía, y de lo que, tal vez, se estaba escondiendo. Al menos yo así lo habría hecho.

///

Los aleatorios días soleados parecían decir que aún quedaba un poco para el invierno y jugaban con mi ilusión de poder estar junto a Elena de nuevo en las noches. Durante el día, había tomado la costumbre de salir con el único motivo de buscarla para observarla, a sabiendas de que la luz del sol no haría más claros todos los interrogantes que la rodeaban.

Desde que Elena fue a cambiar las cuerdas a la tienda, la única persona que parecía dispuesta a hablar con ella era el vendedor. Él no temía hablarle delante de más gente, contrario a mí. Ya había visto en varias ocasiones, después de aquel día, cómo Elena entraba a la tienda y salía a los pocos minutos con su imperturbable sonrisa, ignorando por completo las miradas de las gentes que, olvidando sus charlas, posaban por completo su atención en la extraña violinista que llevaba rondado por semanas su pequeño mundo. El día antes de su partida, al verla así, rodeada de todo aquello que había repudiado por años, supe que no podía ignorar por más tiempo el extraño sentimiento de apego hacia aquella mujer.

Hasta entonces, desde la azotea, Elena se había presentado ante mis ojos nada más que como una espectadora del mundo, ajena, protegida de todo aquello. Y eso la hacía admirable. Aun así, al verla entre la gente, su manera de interpretar todas aquellas canciones de tierras lejanas, que por ese mismo motivo había escuchado con tantas ansias, cobraron otro sentido: había estado tocando con urgencia, llamando a este lado para entrar, esperando que al menos con su música pudiese ser comprendida, sin importar en dónde o cuándo habíamos nacido, pues ella sabía que la música es el cordón umbilical que nos une.

Estaba atada a ese lugar que, como mi madre, fiel admiradora de Proust, decía era mi propio Combray. Oyendo de fondo la música con la que se ambientaba los fines de semana el sector comercial, sumado a las risas y las charlas, Elena se perdía entre la gente y yo, sin más remedio, sonreí; si Elena había aparecido en este mundo, entonces el mundo no estaría tan mal.

Ella ahora parecía más clara, aunque más lejana. Con un tipo de pausado apremio me acerqué de a pocos a la juguetería, siguiéndola, adivinando sus pasos. Su mirada, entonces, cuando estuve en frente de ella, parecía percibirse por primera vez de mí, pero no supe desde dónde me miraba. Entré, junto a ella, en el local. El hombrecillo ni siquiera me preguntó si quería comprar algo. Por breves segundos parecíamos sostener las grietas del reloj de Elena. Lo único que perturbó el letargo de la tarde fue un frío viento recorriendo las calles y una oscuridad súbita que dio paso a una lluvia densa. El hombre, sin decir nada, nos dejó resguardar.

No supe cuándo se quedó en silencio, en un silencio que no solo se limitaban a sus palabras, de por sí escasas. Tal vez era culpa de esas lluvias repentinamente, de las tormentas eléctricas que apresuraban la oscuridad nocturna en donde no pude ver con claridad cómo Elena temblaba aterrorizada por un temor infantil que, imaginé, aún conservaba, o por algún tipo de superstición. Los relámpagos iluminando el suelo anaranjado, de seguro le estaría mostrando alguna sombra de un pasado que, sin conocerlo, se me antoja insoportable por una especie de celos sin sentido. Eso solo me convencía de que era un ser mezquino, porque, en medio de esa orquesta infernal, no me importaba lo que le provocaba malestar de aquel pasado, mientras yo hubiese sido la causante, por ello anhelaba – anhelo, aún – con tanta fuerza convertirme en su pasado, desplazando aquellos

recuerdos para posarme yo en su lugar. Por ello escribo: por un egoísmo enervado que me obliga, de este modo, a impedirle lanzarme al olvido. Pero es tan difícil recordar a una persona sin color, sin olor, sin latidos propios. Es casi tan difícil como, supongo, fue permanecer al lado de alguien cuya mirada parecía traicionar lo que siempre quiso decir su corazón.

Un chapoteo en la entrada de la tienda nos sobresaltó y al instante, sin darnos tiempo a asimilar el sonido que rompió el hechizo de la lluvia, una mujer entró corriendo con un niño pequeño, sosteniéndolo con fuerza junto a su pecho, cubriéndolo con una ruana. El vendedor, saliendo del sopor de la tienda, se apuró a encender las luces. La mujer pidió que la dejara resguardarse de la lluvia; sin esperar respuesta, se sentó junto a Elena y, sin dirigirnos más que una sonrisa cortés, se dedicó a entretenér al que, supuse, sería su hijo.

Intentando llenar el silencio que se había apoderado de la juguetería sin juguetes, centramos nuestra atención en el niño que respondía a su madre con balbuceos alegres, mientras ella, a su vez, mantenía aquella armonía con gestos cariñosos. Al percibirse de la mirada intensa con la que Elena los observaba, la madre le devolvió otra sonrisa, mientras el hijo extendía la pequeña mano hacia el rostro de Elena, quien se acercó para recibir el contacto que le ofrecía. El niño dio unas palmadas suaves sobre su mejilla, en busca del sonido de palmadas que tanto parecen disfrutar los pequeños. Elena le estiró su mano. Emocionado, soltó una carcajada que sobrepasó a la fuerte lluvia que corría por las calles.

¿Cómo se sentiría ser sostenida con esa devoción? No sabía cómo era no temer al momento cuando, sin esperármelo, los brazos cálidos me iban a lanzar a un vaivén de dudas que dejarían exhausta,

para siempre, mi confianza en alguien más. Me había convencido, con necedad, de que Elena sería alguien quien, por ser diferente a todo a lo que hasta entonces había conocido, podría ofrecerme aquello que, a tientas, había buscado toda mi vida. Pero ella también me había defraudado.

El hombre, sacándome de mis cavilaciones, alzando la voz para hacerse oír tras la lluvia, le preguntó a Elena que por cuánto tiempo se iba a quedar. La danza del niño y ella se detuvo de golpe:

—No mucho— respondió, volviendo de inmediato al contacto con el infante.

Miré a Elena en busca de respuestas. A pesar de todo, no estaba lista para detener nuestra danza. Quizás podía comportarme como una niña tonta y enfadada porque había dado por sentado que se quedaría, al menos durante el tiempo que durara mi apego a ella.

La lluvia difusa afuera del local parecía tejer ese escenario solitario al que volvería arrastrada por un castigo cuya causa desconocía. Si al menos hubiese alcanzado a entender uno solo de mis cuestionamientos que me llevaron a Elena, habría podido dejarla ir, aceptando nuestra separación, dándola por concluida. Pero iba a ser igual que antes: terminaría — como, de hecho, había pasado — depositando mi confianza en ella, creyendo que esta vez sería diferente, pues ella había traducido todos esos sentimientos a los que nunca pude darles lugar ni nombre, y al final, por algún motivo, terminaría sola de nuevo.

Durante todos aquellos años junto a mi familia, había preferido creer que no me oían, porque yo no había gritado con la fuerza suficiente y por eso nadie nunca había llegado. En realidad, siempre habían oído mi llamado. Notaba en sus miradas cómo huían, incómodos, evitando ver mi rostro. No sabía si me tenían miedo, si creían que algo de mí podía hacerles daño. Pero esa frágil niña no podía luchar ni contra ella misma. Tampoco podía culparlos por creer eso; eran ellos, a fin de cuentas, quienes me habían mostrado cómo los débiles usaban palabras fuertes para sentirse fuertes. Ese sentimiento de odio quemando en mi pecho era tan culposo como inevitable. No los odiaba, no podía, pero sí odiaba el poco valor que le daban a lo desconocido. Por ese motivo, al igual que ellos, también preferí ver a otro lado, evitando ocuparme de lo que, hasta las personas en quienes estaba depositada toda mi confianza, preferían ignorar.

///

Cuando era más pequeña y, en efecto, aún no podía ser parte del mundo de los grandes, llenos de rencores y fantasmas absurdos, añoraba que llegara el momento de ir al pueblo, para ese entonces ya conocía, no solo a Alejandra, sino también a Gabriel, quien en un principio había sido amigo de mi hermano, pero este último, aburrido por sus temores que detenían sus juegos bruscos, empezó a esquivar su presencia, quedando, él y yo, los dos juguetes desecharables, solos, obligados a la compañía del otro. Una compañía a la que, sin darme cuenta, me había empezado a aferrar: él era lo único que tenía a lo largo de todo el año.

Pero mi padre odiaba ese lugar; su presencia solo se reducía a cuestiones incomprensibles para mí. Pero sí entendía que éramos mejores, que él era mejor.

Si no hubiese sido por el cariño inexplicable que mi madre le guardaba a Gabriel, tampoco hubiese podido verlo. Tal vez se sentía tranquila de tenerlo a él como mi compañero de juegos: era extraño encontrar a un niño de su edad que prefiriera jugar parqués, a andar correteando en las calles que tantos peligros guardaban. Además, él parecía resignarse a su asfixiante supervisión.

Con Alejandra había sido distinto. Era igual a nosotros, según el razonamiento de mi padre, que yo había empezado a replicar, en un intento por ganarme su aprobación. Pero la verdad es que éramos opuestas. Ella era atrevida y fuerte. No se aminoraba ante nada. Tanto Gabriel como yo la mirábamos mientras hacía volteretas con una agilidad que creí imposible hasta observar cómo su cuerpo entero giraba sin esfuerzo. Para alcanzarla, él, en el único riesgo que lo vi tomar hasta

entonces, se volvió más intrépido con la bicicleta. Ese artefacto nos separaría hasta que los dramas adolescentes nos volvieron a unir. Cuando era mi turno de hablar, yo solo inventaba historias para igualar las suyas.

Al hablar con Alejandra, en cambio, no había necesidad de historias falsas: ella por sí misma llenaba todos los posibles silencios de nuestras charlas, cuando ya no supiésemos mencionar un lugar al que quisiéramos ir. Fue en medio estas pláticas cuando confesó, con cierta discreción, cuánto le hubiese gustado haber nacido en otro lugar, y yo de esta manera empecé a sentirla como alguien a quien no me incomodaría tener cerca. Sentirnos extranjeras en un lugar al que, sin remedio, estábamos unidas, hizo que las tardes junto a ella, balanceándonos con suavidad en una hamaca colorida, tuvieran un verdadero sentido para mí.

Me pregunto a qué sonaría ellos dos. ¿Qué canción les dedicaría Elena en su enorme libro con esquinas dobladas?

Un rayo de melancolía me atravesó el pecho esa noche, cuando volvía en silencio con los restos de lluvia escurriendo de los tejados, después de perder de vista a Elena cuando quise preguntarle si, por lo menos, habría una última canción. A ellos también los había perdido. Pude notar un patrón en todas mis despedidas: si ese había sido nuestro último encuentro, entonces otra vez no habría un adiós. Solo quedaría esa sensación amarga que dejan las palabras que no encuentran su lugar en el momento oportuno.

Cuando ellos se acababan de graduar del colegio, lo normal habría sido – y yo lo había esperado así – que en las vacaciones fuese al menos a felicitarlos, pero mi padre ya había decidido que iríamos a otros lugares más acordes a nosotros. Y yo, que ya sentía en mi corazón ese desprecio casi heredado a este lugar, lo preferí así, viendo aquella amistad como un vínculo innecesario con un pueblo que no tenía nada de bueno.

///

Last carnival

Cuando llegué al epicentro de la aglomeración que se repartía en carpas alrededor de la nueva iglesia, ya sabía que las lluvias desde ese momento no cesarían hasta febrero del año siguiente.

Esquivé a la multitud pasando por la juguetería en donde la enorme mujer, a pesar del tiempo, seguía vistiendo camisetas de manga corta que dejaban al descubierto sus grandes y celulíticos brazos, mientras su marido, sentado a su lado, parecía incluso más delgado con sus ropas holgadas. Al verme pasar, la mujer le dio un codazo al hombre, quien hizo un gesto de dolor que respondió como si hubiese sido un saludo.

Mis pasos me llevaron a la entrada de la iglesia, guiada, quizá, por el tamborileo de los dedos de Elena sobre el asiento con una R y una I talladas en él. Cuando descubrió que quién había entrado a refugiarse del viento frío era yo, esquivó mi mirada, temerosa tal vez de que, al ofrecerme la suya algo de ella se quedaría atado a mí y le impediría retomar su camino. Llegadas a ese punto, ya no podía explicar nada, ni mi presencia ahí, ni la de Elena, ni qué día era y por qué era tan especial.

Al sentarme a su lado, adiviné que había dos caminos que podía tomar y, a pesar de no afectar mi vida de inmediato, con el tiempo marcarían una diferencia en al menos una parte de mi ser. Aun intentado seguirla, o por lo menos preguntarle por su “verdadero ser” y todas esas cosas que son las consideradas útiles por todos, como su dirección, su número de teléfono, su profesión, si tenía hermanos o pareja, yo no quería nada de eso de ella y de nadie, en realidad, porque era solo

información vacía, a fin de cuentas. Habría podido, de igual manera, ignorar su presencia, como sospeché en ese instante, ella llevaba haciéndolo desde el principio, pero en mi caso sentiría, claro está, un dolor extraño en mi pecho, que en nada se asemejaría a los pesares de mi corta vida. Habría podido hacer eso, como siempre lo había hecho, no solo con Elena. Pero no quería, no por culpa, ni porque supiese que aquel iba a ser el último encuentro. No porque su sonrisa se estuviese marchitando. No porque las nubes estuviesen cada vez más bajas y negras, amenazando en el pueblo más cercano. No. Yo no quería ese camino. Quizá por el tipo de orgullo que me obligaba a diferenciarme de las personas que había despreciado por gran parte de mi vida. No descubrí mis motivos ese día, ni el siguiente, mientras dibujaba a un cucarachero. Solo digamos que un día, quizás cuando volvía otra vez al pueblo, pensé en lo bueno que era para el mundo la existencia de alguien como Elena, alguien que podía encarnar el perdón eterno para un mundo cruel. Me habría gustado agradecerle a quien fuese necesario la existencia de ella.

Cuando quise hablar, el golpe repentino y violento de la lluvia interrumpió todo. Afuera, la música se vio opacada por el duro choque del agua contra el pavimento y las carpas.

Aunque mantenía la calma, Elena permanecía alerta.

Cuando nos acostumbramos al sonido de la lluvia, intenté decir algo, pero ella, sin girarse, negó con la cabeza, mientras decía que cuando llueve no se debe hablar. Acabada la frase, un estruendoso rayo partió el cielo, dándole la razón. Empecé a temer que, hasta en mis pensamientos, pudiese residir alguna palabra inexacta que desencadenara el tipo de furia que Elena quería evitar.

En ese momento, con una incomodidad en mi pecho, sopesé la idea de que ni las canciones de Elena nos iban a bastar para aliviarnos. La tormenta iba más allá: acallaba cualquier atisbo de sensatez. La vida pendía en los finos hilos intermitentes que colgaba del cielo. Mantuve la mirada en la entrada, vigilando las sombras reveladas por los relámpagos en donde harían aparición los jinetes que habían esperado al invierno, pues éste alzaba el telón para su encuentro con la violinista, quien, sin ser vista, recogía los trozos de vida que se le quedaban a la gente en las esquinas de las calles, para unirlos con devoción.

Rompiendo la lluvia, entraron corriendo un grupo de personas que entre risas y alboroto se escondieron en la iglesia. Absortos en sus historias, pasaron por alto las dos figuras sentadas en las bancas de al frente que, espantadas, buscaron en los rostros el origen desconocido de su miedo.

Como si todo quedara resuelto con la entrada de esas personas, Elena se levantó tratando de componer de nuevo su sonrisa, apurándose para salir. Alcanzando a Elena con prisa, esperando con ingenuidad unas últimas palabras, adiviné entre la lluvia cada vez más violenta y la oscuridad que se cernía a pesar de ser aún las tres de la tarde, su silueta. Se había girado dándome la espalda, entregándome la perfecta reproducción prohibida que siempre habíamos sido. Con apremio intenté llamarla. Al verla detener sus pasos, busqué una excusa para mantenerla junto a mí un poco más:

—¿Cuál es mi nombre? — pregunté de manera instintiva. Entre la lluvia y el ruido sordo de la algarabía no extinta del todo, pude oír cómo Elena decía que no sabría pronunciarlo.

Cuando la lluvia cesó, Elena ya se había ido. El tiempo había vuelto a andar.

CAPÍTULO III: Reflexión

Música y literatura en la formación de un maestro

“Verdaderamente no hay acción entre los hombres que se realice sin música”

Quintiliano

(como se citó en Marco Martínez, 2017, p.45)

Para un docente en formación de Lengua Castellana y Literatura, resulta imprescindible contar con una experiencia en creación literaria, considerando que en un futuro estará a cargo de los procesos de escritura y lectura de sus estudiantes, a los que podrá darles un testimonio con convicción, al haber realizado él mismo una interpretación analítica del mundo que le permitió y les permitirá a sus alumnos la creación. En consecuencia, para Rodríguez (2005):

El encuentro con el mundo poético del autor, que se ha iniciado en el asombro, en la experiencia estética con la obra, y que luego se ha convertido en experiencia pensante, produce en el lector un efecto transformador e inquietante entonces siente la necesidad de escribir. La escuela no ha puesto suficiente atención a esta cuestión. Por tanto, la obra se lee como algo exterior al lector, al niño y a la niña. Busca un lector neutral o ideal que simplemente reciba o contemple el mundo del autor, sin que se llegue a un momento crítico y menos a un momento creativo” (p.111).

Así, se evidencia que uno de los posibles comienzos del deseo de crear, se encuentra en los maestros, y si estos cuentan con antecedentes propios de creación, pueden guiar con mayor eficacia a sus alumnos para que estos lleven a cabo procesos de escritura que nacen con el deseo de responder a las lecturas realizadas, tal como en su momento la idea de crear la presente novela tuvo sus orígenes en las enseñanzas de distintos maestros y experiencias

Ahora bien, se debe resaltar el hecho de que para aprender, en un momento previo, es forzoso desaprender, en otros términos, desprenderse de los prejuicios que se tienen, y es la literatura las que nos permiten romper las barreras mentales para así darle paso a nuevas visiones,

de ahí la trascendencia de la creación literaria para un maestro de literatura; no se puede esperar que los estudiantes tengan la capacidad para comprender y crear nuevas formas de entender el mundo si el maestro no tiene esta disposición. Además, en conjunto con la educación, “corresponde a la literatura potenciar conocimientos, capacidades, actitudes y valores, y dotar al hombre de herramientas para afrontar la vida y ponerla al servicio de su humanización desde los perfiles de una analéctica crítica y creativa.” (Cárdenas, 2009, p.8).

Detengámonos ahora en las similitudes en cuanto al lenguaje poético o estético con la docencia; ni el uno ni el otro deben mostrar todo con completa claridad. Aun sonando contradictorio, en el caso de la enseñanza, se tiene la concepción de que al estudiante se le debe ser dar los conocimientos sin que quede un lugar para las dudas, cuando es todo lo contrario: la escuela es un espacio donde los cuestionamientos son más que las respuestas, en donde el deber del docente es presentar inquietudes que sigan al estudiante, incluso después de acabada una sesión, tal como lo hacen la literatura y el arte. Aquí he de referirme a Zakhartchouk, quien afirmaba que, si se tomaba a la lectura y la escritura como partes fundamentales en la práctica docente, se pasaría a entender al maestro como un pensador de la sociedad (como se citó en Núñez y Poch, 2014, p. 304). Continuando así, podemos rescatar una de las *Recomendaciones para el desarrollo de políticas y programas de formación docente en lectura y escritura* de la UNESCO, en donde se menciona que la lectura y la escritura para un docente debe pasar a ser parte fundamental de su conjunto de saberes que aportan a su desarrollo humano (como se citó en Núñez y Poch, 2014, p.304).

Por añadidura, el objetivo de la educación y la literatura es similar, ya que el arte libera y pese a que la educación, según se la ha entendido tradicionalmente, no toma en cuenta a la creación, en la actualidad ha pasado a buscar también la emancipación de las mentes con el fin de que puedan crear y transformar. Como nos muestra Nohl, “la pedagogía es un *arte*, una intervención creadora en la vida individual, nunca una cuestión *técnica*, pues esta no penetra nunca en la verdadera misión pedagógica que es análoga a la misión del artista” (como se citó en Rincón, 2016, p.120-121).

Precisemos, antes de proseguir, que los humanos no aprendemos significativamente con la repetición, como se han empeñado en probar ciertos métodos tradicionales de aprendizaje. Solo aprendemos de verdad cuando se siente, cuando aquello que se exhibe ante nosotros como un nuevo saber empieza a formar parte de nuestra vida y toma un sentido que no se limita a lo puramente académico sino también a lo emocional. Solo así podemos asegurar que el conocimiento sea

duradero: el arte nos ofrece saberes por medio del sentir, tal como señala Isabel Tejerina (como se citó en López, 2003, p.187).

Vale mencionar por qué no se debe ser un “maestro repetidor”: este tipo de docentes “no debería producir nada, al menos si producir quisiera decir innovar, transformar, hacer advenir lo nuevo. Está destinado a repetir y hacer repetir, reproducir y hacer reproducir: formas, normas y un contenido” (Derrida, 1982, p. 70). El escritor también debe “luchar contra las viejas formas literarias o por ellas, valerse de éstas y combinarlas, superar su resistencia o encontrar un apoyo en ellas” (Bajtín, 1986, pp.42-43). Por estas cuestiones, también es importante que el maestro cuente con una experiencia personal de creación literaria para compartir en su ejercicio docente.

La educación centrada en un aprendizaje por repetición no nos lleva a la creación. Sin poder crear, repitiendo una labor aprendida, lo único que pueden ver los estudiantes, en el otro y en sí mismos, es un objeto más, que debe usarse con el fin de producir. El arte, y la literatura, en nuestro caso, nos ofrecen la posibilidad de que, como maestros, podamos entender y compartir con los demás (con nuestros alumnos especialmente) una visión del *otro*, donde no se lo toma como un medio útil, sino que se lo reconoce como un sujeto que, como nosotros mismos, posee distintas sensibilidades ante el mundo. (López, 2003, p. 186).

Llegamos, pues, a la importancia de la música en esta investigación. En primer lugar, es la base para la creación de la novela *El alma del violín*, de ella nace, tal como en la antigüedad fue la fuente de inspiración para diversos escritores. La palabra “música” en la Antigua Grecia, por ejemplo, tenía implícita a la danza y la poesía. Recordemos que este término proviene del griego “mousiké”, es decir “el arte de las musas” que buscaba la unión entre sonido, escritura y movimiento. (Escobar, 2010, p.46).

En otro orden de ideas, es imprescindible una de las preguntas que más se han realizado los expertos, no solo del estudio del arte, sino también en el desarrollo de la civilización: ¿cuál de estos dos componentes estuvo presente primero, si la música o la literatura? Darwin (como se citó en Marco Martínez, 2017), dando respuesta a este interrogante, afirmó que la música precedió al lenguaje; las primeras formas de comunicación en los seres prehistóricos se dieron mediante el sonido.

Desde los primeros encuentros entre estas dos expresiones artísticas, la relación entre música – literatura ha ido fortaleciéndose y transformándose, siendo en ocasiones una el apoyo de la otra, o como lo menciona López Ojeda (2013), convirtiéndose en la coartada de su contraparte. La presencia de la música en la literatura o de la literatura en la música, solo es clara cuando hay referencias literarias o musicales directas. Cuando no es tan evidente, hablaríamos del mayor acto de complicidad entre las dos, pues la literatura traería consigo a la música, aunque la última no esté presente. (p. 141). Para ilustrar mejor esta apreciación, De Vicente-Yaguë y Marco nos señala cómo las dos han adherido expresiones propias de la otra parte a su propia estructura, fortalecido así esta relación:

El lenguaje verbal y la música han estado siempre relacionados. La música, como fenómeno sonoro, toma prestada su forma de la lengua hablada, pues se apropiá de sus pausas, cadencias, ritmos, entre otros aspectos. Se trata de dos lenguajes que, atendiendo a su transmisión oral, poseen una serie de vínculos que los han unido desde tiempos remotos en la configuración de sistemas mixtos de comunicación y, como consecuencia, creaciones artísticas mixtas (como se citó en Marco Martínez, 2017, p. 125)

En estudios posteriores, la misma autora asegura que “el trabajo integrado de las artes en el reconocimiento de los estilos permite el descubrimiento de piezas comunes y compartidas que se complementan y que, de otro modo, reflejarían un significado fragmentado” (como se citó en Marco Martínez, 2017, p. 104)

Volvamos entonces a la innegable capacidad de la música para influir en los seres humanos, en sus sensaciones y sentimientos que, posteriormente, pueden transformarse en otro tipo de expresiones artísticas como la escritura. De Vicente Yaguë (2014) recuerda cómo la unión entre estas puede dar lugar a creaciones que incluyen diferentes ángulos de la realidad, al ser experimentada desde la experiencia musical y literaria:

El lenguaje musical pretende orientar, en este sentido, el texto literario de forma emotiva e igualmente constructiva y generadora de nuevos significados, pues la simbiosis de ambos códigos en el desciframiento del sentido global contempla una perspectiva distinta a la que proporciona la suma de cada uno de los códigos de forma aislada. El texto, la música, las ilustraciones, el formato, la tipografía actúan como un todo (p.22)

Françoise Escal (como se citó en Arango, 2017, p.11), asegura que la literatura no se limita a hablar de la música, puesto que es en sí misma música, mientras Pastor (como se citó Marco Martínez, 2017, p. 130) afirma que la literatura, por medio de una obra literatura y la partitura en representación de la música, recuerdan la una a la otra por la similitud en cuanto al deseo de dejar evidencia de las emociones del artista. La literatura, desde la parte sonora de cierto tipo de poesía, recuerda a la música, no solo en la sonoridad. Rubén Darío decía: “Como cada palabra tiene un alma, hay en cada verso, además de la armonía verbal, una melodía ideal” (como se citó en Sopeña Ibáñez, p. 520).

Podemos inferir, después de analizadas estas ideas, que la música no solamente está relacionada con la literatura; muchas de las acciones que como humanos realizamos a diario están, de manera directa o indirecta, relacionadas con la música, o influenciadas por ésta.

Como se ha dicho, la música ha acompañado el desarrollo de la civilización y, en muchas ocasiones, lo ha hecho de la mano con la literatura, y es así, cómo, al ser una herramienta universal de comunicación, la música ha favorecido el nacimiento de la inspiración, que resulta valiosa en el ámbito educativo como un ejercicio creativo en los estudiantes (Escobar Martínez, 2010, p.44).

En la docencia, la literatura ha sido un punto de encuentro con otras áreas impartidas en las escuelas: en ella se reúnen distintos saberes conservados a lo largo de la historia. Con esto en mente, entenderemos el valor de recuperar la unión con al menos uno de los tantos campos de estudio, como lo es la música, en nuestro caso.

Este dialogo entre distintas áreas con la lengua castellana y la literatura ya ha sido resaltada antes por otros estudiosos del tema, tal como Guerrero Ruiz:

La comparación de la literatura con otras ramas de la expresión humana es valiosa en la práctica docente desde una concepción globalizadora de la educación que viene recogida en los diseños curriculares, y que a todas luces es necesaria por razones no solo estéticas, porque de manera conscientemente simbólica lleva al alumnado hacia conceptos de apertura de nuevas culturas, nuevos diseños de trabajo, de esfuerzo, con el ingrediente de la interdisciplinariedad y la intertextualidad” (como se citó en Marco Martínez, 2017, p. 83.)

La anterior anotación muestra los motivos para que los maestros no teman salir de su zona de confort, limitándose solamente a un área del conocimiento, pues todas se relacionan entre sí. Lo único que se necesita es tener pasión por adquirir nuevos conocimientos que, puestos en contraste con los saberes propios, pueden dar lugar a nuevas teorías, dándoles también la oportunidad a los estudiantes de buscar la relación entre las áreas y así comprender que no son temas aislados y que, por el contrario, se encuentran conectados. Desde esta perspectiva, Caro Valverde, afirma que:

Afincados en nuestras respectivas especialidades curriculares, los docentes adiestramos a los discentes en el estudio de comportamientos estancos, y desaprovechamos así su intertexto lector y su motivación significativa en el aprendizaje dialógico por el que se promocionaría en las escuelas el pensamiento crítico y creativo de los estudiantes y su motivación personal hacia el estudio como tal (como se citó en Escobar Martínez, 2010, p.97)

Centrándose más en el campo musical, Guerrero y Cano, recuerdan la relevancia de ésta en la educación de estudiantes de un contexto colombiano o latinoamericano:

Si sabemos apasionar a nuestro alumnado en el disfrute investigador y en el entendimiento comunicativo comparatista podríamos enfrentarnos desde este sistema, como más adelante veremos, a una sociedad plural de textos y músicas variadas, como variadas son ya las personas de nuestras aulas, sus lenguas y sus culturas. (como se citó en Marco Martínez, 2017. p.96)

Pensando en el alumnado desde el inicio de su desarrollo, observemos, según el criterio de Gómez, cómo la música y literatura se encuentra presente en nosotros desde los primeros pasos que damos:

Resulta llamativo - y esto no ha pasado desapercibido para varios críticos – que el proceso iniciático del niño en la literatura lo efectúa junto a su madre, en la cuna, a través de leves poemas de arrullo donde se le cuenta mediante el canto o el recitado. (...) Si la iniciación se lleva a cabo por medio de estos recitados con su pequeña historia, ¿por qué razón no continuar por esa línea tan acorde con sus motivaciones? ¿Por qué razón no aprovechar la tendencia innata del niño al uso de canciones antes del juego, en el juego, e incluso después del juego? ¿Por qué no imitar al niño en esas retahílas, cantilenas, canciones de echar a

suertes? (...) Quizás buena parte del problema radique en que el niño en actitud de juego no es observado por el adulto, no es escuchado por el poeta. (como se citó en Marco Martínez, 2017, p.129)

Para finalizar, se debe recordar que la docencia es una profesión enfocada en el futuro, al igual que la literatura y otras expresiones artísticas, tal como lo recuerda Vygotsky (1987): “es precisamente la actividad creadora del hombre la que hace de él un ser proyectado hacia el futuro, un ser que contribuye a crear y que modifica su presente” (p.4).

Conclusiones

El alma del violín, como primer ejercicio narrativo de una novela, es una prueba de cómo la música posibilita el camino hacia la producción de nuevos textos. Retoma, de esta forma, la antigua relación entre música y literatura, en donde el poder evocador de la primera facilita formas de entrelazar la creación con la parte más profunda del escritor.

Recalquemos ahora, el valor personal que representa la escritura de la novela en cuestión. Al ser primer peldaño que se alcanza en cuanto al desarrollo de creación literaria, permite un espacio para el aprendizaje y un acercamiento al significado de ser escritor y al deseo de querer compartir una visión personal del mundo.

Compuesta por trozos de verdades que intentaron volverse mentiras en el transcurso de la obra, y por mentiras que tomaron consistencia entre palabra y palabra, la presente novela logró ser parte del diario vivir de quien la compuso pues, aun sin ser un intento autobiográfico, fue un continuo *mirar atrás* en busca de esas similitudes y experiencias que nos unen como humanos.

No menos importante, el valor de escribir para quien se propone, en un futuro, impartir clases de lengua castellana y literatura, es incalculable. Más allá de contar con un ejemplo propio que los estudiantes puedan seguir, experimentar la travesía de la escritura, ofrece nuevas visiones de la literatura al maestro-escritor que más tarde serán compartidas a sus alumnos. El camino más razonable para entender y apreciar la literatura es viviéndola desde todas sus facetas.

Recomendaciones

Al estar la música y la literatura inmersas en la vida de todas las personas, resulta acertado relacionarlas con la educación, un acto ante todo humano y que no debe alejarse de este foco, de lo contrario se correría el riesgo de tomar al *otro* que está en el aula como un objeto que recibe información o como un sujeto de autoridad que solo restringe. Es, en este escenario, en donde tanto música como literatura cobran importancia en la labor docente: ambas ayudan a recuperar la igualdad de los agentes dentro del salón de clases, en donde vuelven a ser personas susceptibles a aprender de nuevo por medio de la escucha de textos artísticos, que en cada encuentro son una nueva obra con conocimientos e ideas nacidas de las mentes de docentes y estudiantes, y que pueden ser compartidos dentro de clases para favorecer al aprendizaje.

El presente trabajo es un espacio que pretende dejar abierta la posibilidad de seguir profundizando en la interdisciplinariedad que permite la música y la literatura con otras ramas del saber, eliminando las fronteras que se puedan crear entre ellas, acercando, en el ámbito educativo, tanto al estudiante como al maestro, con saberes inéditos que favorezcan a sus procesos cognitivos.

Referencias

Aguiar e Silva, Vitor Manuel (de). (1999). *Teoría de la Literatura*. Madrid, España: Gredos.

Arango Vélez, Camilo. (2017). Un sonido que moldea la palabra. Música y Literatura en *Programa de Mano* de Pablo Montoya. *Estudios de Literatura Colombiana*, 41. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n41a07>

Bajtín, Mijaíl. (1986). *Problemas literarios y estéticos*. Ciudad de la Habana, Cuba: Arte y literatura.

Benjamín, Walter. (1936). *El narrador* [archivo PDF]. Archivo Chile.

http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/benjaminw/esc_frank_benjam0004.pdf

Benjamín, Walter. (26 de diciembre de 2017). *Diálogo sobre la fantasía: por Walter Benjamín*. Eterna Cadencia. Recuperado el 31 de agosto de 2018 de <https://www.ternacademia.com.ar/blog/ficcion/item/dialogo-sobre-la-fantasia-por-walter-benjamin.html>

Caicedo, Andrés. (1994). ¡Qué viva la música! Bogotá, Colombia: Plaza & Janes.

Cárdenas Páez, Alfonso. (2009). Literatura, pedagogía y formación en valores.

Enunciación, 14 (2), p.8. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4782227.pdf>

Constitución Política Colombiana [Const]. (1991). Art. 16. 27, 70, 71. 7 de Julio de 1991 (Colombia).

Cortázar, Julio. (2013). *Clases de literatura*. Bogotá, Colombia: Alfaguara.

Daza Cuartas, Sandra Liliana. (2009). Investigación - creación. Un acercamiento a la investigación en las artes. *Plumilla Educativa*, 6 (1), 73-79. <https://doi.org/10.30554/plumillaedu.6.560.2009>

Derrida, Jacques. (1982). *Dónde comienza y cómo acaba un cuerpo docente. Políticas*

- de la filosofía* [Archivo PDF]. Fondo de cultura económica.
<http://www.uv.mx/tipmal/files/2016/11/Derrida-Donde-Comienza-y-Como-Acaba-un-cuerpo-Docente.pdf>
- De Vicente Yagüe, María Isabel. (2014). Un nuevo enfoque de la lectura musical. Análisis literario, musical y didáctico del cuento *Mi madre la oca*. *Investigaciones sobre lectura ISL*, 2, 15-23. <http://hdl.handle.net/10201/44774>
- Escobar Martínez, María Dolores. (2010). *Literatura y música. Un modelo didáctico de interpretación intertextual en Educación Secundaria* [Tesis Doctoral, Universidad de Murcia]. Digitum, Repositorio Institucional – Universidad de Murcia
- Herrera, Roberto (s.f.). *Gabriel García Márquez: el hombre*. [Archivo PDF]. Centro Virtual Cervantes.
https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/aepe/pdf/boletin_29_15_83/boletin_29_15_83_11.pdf
- Hernández Cruz, Javier. (3 de mayo de 2017). *La música clásica que cautivó a Gabriel García Márquez*. Señal Memoria. <https://www.senalmemoria.co/articulos/la-musica-clasica-que-cautivo-garcia-marquez>
- Hernández Sampieri, R., Fernández, C. & Baptista, P. (2010). *Metodología de la Investigación* [Archivo PDF]. McGraw-Hill. <https://www.uca.ac.cr/wp-content/uploads/2017/10/Investigacion.pdf>
- Gallego, Antonio. (2013). Polifonías literarias. *Mercurio: panoramas de libros*, 148, 14-15.
<http://mercurio.fundacionjmlara.es/ediciones/2013/mercurio-148/polifonias-literarias/>
- Gamero, Alejandro. (18 de diciembre de 2016). *La música que aparece en las novelas de Haruki Murakami*. La piedra de Sísifo. <http://lapiedradeshisifo.com/2016/12/18/la-musica-que-aparece-en-las-novelas-de-haruki-murakami/>
- Jiménez Panesso, David. (1991). SOBRE LA TEORIA DE LA NOVELA. *Folios*, (2).
<https://doi.org/10.17227/01234870.num2.folios5337>
- Jiménez Portillo, Alex Darío. (2013). *Al sur de la locura* [Tesis de Pregrado. Universidad

- de Nariño]. Sistema Institucional de Recursos Digitales SIRED – Universidad de Nariño.
- Levitin, Daniel. (2014). *El cerebro musical. Seis canciones que explican la evolución humana*. [Archivo PDF] <https://es.scribd.com/document/387144821/El-cerebro-musical-Daniel-J-Levitin-pdf>
- Ley 115 de 1994. Por la cual se expide la ley general de educación, Congreso de la República de Colombia, 8 de febrero de 1994, D.O. No. 41214.
- López, Marián. (2003). Educación, creación y género. *Educación artística: revista de investigación*, 1, 201-224. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4353467.pdf>
- López Ojeda, Esther. (2013). Literatura y música. *Brocar: cuadernos de investigación histórica*, 37, 121-144. <https://doi.org/10.18172/brocar.2541>
- Marco Martínez, María. (2017). Análisis e interpretación de un modelo poético-musical con proyección didáctica hipertextual en Educación Primaria [Tesis doctoral, Universidad de Murcia]. Digitum, Repositorio Institucional – Universidad de Murcia
- Martán Góngora, Helcías. (1979). La creación literaria. *Boletín Cultural Y Bibliográfico*, 16 (09-10), 251-265.
[https://publicaciones.banrepicultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3582](https://publicaciones.banrepultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/3582)
- Martínez, Miguel. (2006). La investigación cualitativa. *Revista de investigación en psicología*, 9 (1), 123 - 146.
https://sisbib.unmsm.edu.pe/brevistas/investigacion_psicologia/v09_n1/pdf/a09v9n1.pdf
- Matamoro, Blas. (2013). El oído del escritor. *Mercurio: panorama de libros*, 148, 12-13.
- Matamoro, Blas. (s.f.). *Proust y la droga sonora*. Cualia.es. Recuperado el 20 de agosto de 2018 de: <https://cualia.es/proust-y-la-droga-sonora/>
- Mellado, Isabelle. (2017). *Vibrato*. Chile: Random House Mondadori
- Munguía, Martha. (2015). Los caminos extraviados en la enseñanza de la literatura: posibles puntos de encuentro Strayed roads in literature teaching. Possible meeting places. *Iztapalapa*, 79 (36), 67 – 85. 10.28928/revistaiztapalapa/792015/atc4/munguiazatarainme

- Montilla Cuéllar, Nicolás Yeltsin. (2015). *La demolición* [Tesis de pregrado, Universidad de Nariño]. Sistema Institucional de Recursos Digitales SIRED – Universidad de Nariño.
- Montoya, Pablo. (2016). *Terceto*. Bogotá, Colombia: Penguin Random House.
- Muñoz Molina, Antonio. (2013). Mundos paralelos. *Mercurio*, 148, 6-7
- Murakami, Haruki. (2005). *Tokio Blues, Norwegian Wood*. Barcelona, España: Tusquets Editores.
- Murakami, Haruki. (2008). *Kafka en la orilla*. Madrid, España: Tusquets Editores.
- Nietzsche, Friedrich. (1972). *El viajero y su sombra*. Medellín, Colombia: Bedout.
- Núñez, Mauricio & Poch, Pedro. (2014). Lectura y escritura: trazando historias en la formación profesional docente. *Estudios pedagógicos*, Vol. XL. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4990093&orden=1&info=link>
- Ojeda, Alberto. (17 de mayo de 2017). *A la busca de la música escondida en Proust*. [Archivo PDF]. El cultural. <https://www.elcultural.com/noticias/escenarios/A-la-busca-de-la-musica-escondida-en-Proust/10786> el 30 de agosto de 2018
- Penguin Chile (1 de noviembre de 2017). *Isabel Mellado nos presenta su maravillosa novela "Vibrato"*. [Video]. Youtube.
https://www.youtube.com/watch?v=x1iWhvYRc8I&ab_channel=PenguinChile
- Reglamento de Práctica Pedagógica Integral e Investigativa (PPII). (2016). Consejo de la Facultad de Educación. Universidad de Nariño.
- Rice, Anne. (1997). *Violín*. Barcelona, España: Ediciones B.
- Rincón, Joan Carles. (2016). Hermann Nohl: educación y pedagogía. *Bordón*, 69 (3). 120 – 121. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5546264.pdf>
- Rodríguez, Enrique. (2005). Una reflexión a partir de la experiencia: pedagogía, literatura y competencia. *Enunciación*.
<https://revistas.udistrital.edu.co/index.php/enunc/article/view/459/703>

Rosero Diago, Evelio. (1992). *Señor que no conoce la luna*. Bogotá, Colombia: Random House Mondadori.

Rosero Diago, Evelio. (1993). La creación literaria. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 30. (33). 109 - 119.

[https://publicaciones.banrepicultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/2107/2180](https://publicaciones.banrepultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/2107/2180)

Sabido Sánchez, Fernández. (18 de agosto de 2010). VÍCTOR RODRÍGUEZ NÚÑEZ.

Poetas Siglo Veintiuno. Recuperado el 5 de agosto de 2019 de

<https://poetassigloveintiuno.blogspot.com/2010/08/524-victor-rodriguez-nunez.html>

Sopeña Ibáñez, Federico. (s.f.). *Rubén Darío en la música*. Madrid: Iglesia de la Ciudad Universitaria. <http://www.cervantesvirtual.com/descargaPdf/ruben-dario-en-la-musica/>

Schmidt, Michael. (18 de septiembre de 2015). *Lo único que puede hablarnos de la novela es la novela*. Letras Libres. Recuperado el 31 de agosto de 2018 de <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/lo-unico-que-puede-hablarnos-la-novela-es-la-novela>

Unamuno, P. (14 de mayo de 2017). *Proust suena a música*. El mundo.

<http://www.elmundo.es/cultura/2017/05/14/591849a622601d6e558b463f.html>

Vaz de Soto, José María. (s.f.) *Ideas sobre la novela*. <http://institucional.us.es>.

Recuperado de http://institucional.us.es/revistas/rasbl/31/art_8.pdf

Vargas Llosa, Mario. (1998). *Cartas a un joven novelista*. Bogotá, Colombia: Planeta Colombiana Editorial S.A.

Vygotsky, Lev. (1987). *Imaginación y creación en la edad infantil*. Pueblo y educación.

https://www.proletarios.org/books/Vigotsky-Imaginacion_y_Creatividad_En_La_Infancia.pdf

Anexos

Ficha de revisión documental



Universidad de Nariño
Facultad de Educación
Licenciatura en Lengua Castellana y Literatura



OBRA	AUTOR	REFERENCIA	HALLAZGOS
El tal Ave María de Schubert, no existe.	Señal Memoria	Señal Memoria. (2016, mayo 9). El tal Ave María de Schubert, no existe. Bogotá, Colombia: Señal Memoria. Recuperado de https://www.senalmemoria.co/articulos/el-tal-ave-maria-de-schubert-no-existe	Nuevas perspectivas de la pieza musical <i>Ellen dritter Gesang</i> .
Ellen dritter Gesang	Composer: Franz Schubert Versión de: Ann Fontanella	Fontanella, Ann. [Ann Fontanella]. (2013, enero 15). Ave Maria by Schubert [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=c	Acompañamiento durante la escritura de la novela

		2iXEh0SEIg&ab_channel=AnnFontanna	
Kokoro kara (Desde adentro)	Antonio Agri	Agri, Antonio. [Antonio Agri - Tema]. (2016, septiembre 12). Kokoro kara (Desde adentro) [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=A7sN0G6B8-I	Acompañamiento durante la escritura de la novela
Gymnopédies & Gnossiennes	Compositor: Erik Satie Versión: Håkon Austbö	Satie, Erik. [Brilliant Classics]. (2016, diciembre 21). Erik Satie: Gymnopédies & Gnossiennes [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=5pyhBJzuixM&t=189s	Acompañamiento durante la escritura de la novela
Variaciones sobre <i>Adiós Nonino</i>	Compositor: Astor Piazzolla Versión de: Antonio Agri	Agri, Antonio. [Antonio Agri - Tema]. (2016, septiembre 14). Variaciones Sobre Adiós Nonino [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=jKELysLE5KU	Inspiración para la escena del primer encuentro de las protagonistas.
El	Compositor:	Oliveira, Vinicius. [Vinicius	Inspiración para la

cascanueces. Pas de Deux.	Piotr Ilich Chaikovski Versión de: Daniele Cristina Rott y Natália Dalwitsch	Oliveira]. (2016, agosto 22). Tchaikovsky - Nutcracker Pas de Deux [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=5GnYtc-OOOE&t=45s	creación del personaje de <i>P.R.</i>
Carmela - Apolo	Luis Paniagua	Paniagua, Luis. [Luis Paniagua]. (2015, mayo 11). Carmela - Apolo [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=9kREuqxcbxo&ab_channel=LuisPaniagua-Topic	Inspiración para la creación del personaje de Elena
The secret kissing of the Sun and the Moon	Hang Massive	Hang Massive. (2018, Agosto 9). The secret kissing of the Sun and the Moon Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=nvmOoSFhhJ4&ab_channel=HangMassive	Encuentros entre la narradora y Elena.
Last Carnival	Norihiro Tsuru Adaptación de Forrestguitarstudio	Forrestguitarstudio [Forrestguitarstudio]. (2018, junio 27). Norihiro Tsuru - Last Carnival (solo guitar) [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=gXcfvf-	Inspiración para la escena final.

		7Od4&ab_channel=Forrestguitarstud io	
Lucha de gigantes	Composer: Antonio Vega Versión de Love of lesbian, Zahara	Love of lesbian, Zahara [Zahara]. (2010, noviembre 10). Love of Lesbian, Zahara - Lucha De Gigantes [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=F_zz4IYxFy4	Inspiración para la creación del personaje de la narradora.
La montaña	Edson Velandia	Velandia, Edson (2017, febrero 9). Edson Velandia - 5. La Montaña - Sócrates (2007) [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=D7EAFK8dcTg&ab_channel=EdsonVelandia	De Elena para la narradora.